

**Lectura,  
libros y  
animaci3n**  
Reflexiones y  
propuestas



**2** Serie verde

# BLITZ

Ratón de biblioteca

.....

**Lectura, libros y animación**

Reflexiones y propuestas

**Edita**

Gobierno de Navarra  
Departamento de Educación y Cultura

**Autor**

Victor Moreno

**Dirección de la colección**

Centro de Documentación  
Servicio de Renovación Pedagógica

**Dibujos**

Asís Bastida Machiñena

**Impresión**

Litografía Ipar, S.L.

**D.L.** NA - 3.470/2000

**ISBN** 84 - 235 - 2084 - 6



**Lectura, libros y animación**  
**Reflexiones y propuestas**



La colección *Blitz, ratón de biblioteca*, presenta el número 2 de su serie *Blitz en la escuela*. Se trata del trabajo de Víctor Moreno, escritor y profesor de reconocida valía en el mundo de la pedagogía literaria.

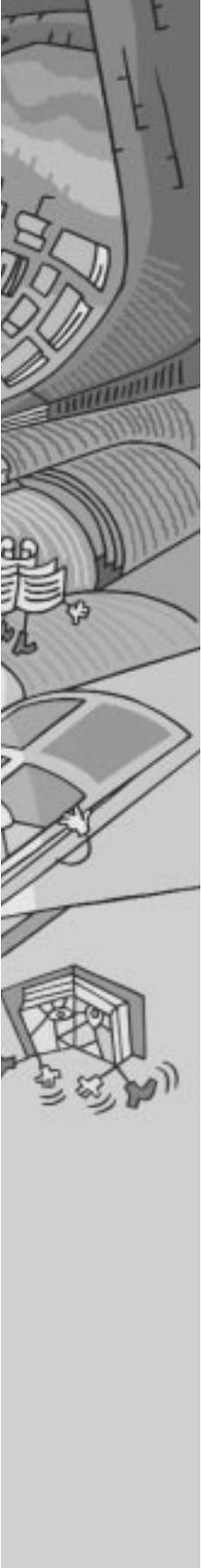
En esta obra se plantean actividades encaminadas al desarrollo de la competencia lectora, que pueden y deben ser realizadas en la biblioteca escolar. El autor ha elegido el libro como punto de partida de dichas actividades, organizadas en dos unidades didácticas sobre el concepto de libro y sus partes integrantes, que se desarrollan didácticamente a través de juegos que estimulan la imaginación, la construcción del conocimiento y el sentido crítico.

Sus consideraciones sobre la lectura, certeras, desmitificadoras y a veces polémicas, nos hacen reflexionar sobre las causas del fracaso escolar respecto al mismo hecho de leer: «También es importante reconocer que los libros constituyen para una porción significativa del alumnado signos estallantes de su fracaso académico. Hacer el elogio de los mismos ante un público que los considera como la causa directa de su baja autoestima escolar no es, desde luego, un buen principio pedagógico. Además, tampoco se puede perder de vista la poco motivadora perspectiva de que leer es un trabajo. Pero lo es. Difícil y, en ocasiones, doloroso, porque no entender también hace daño en el corazón y en la inteligencia».

Este trabajo está dirigido al profesorado preocupado por la educación lingüístico-literaria de su alumnado, que pretende formar lectores críticos y escritores competentes, capaces de manejar la palabra tanto para su disfrute personal como para su desarrollo profesional.

**Jesús María Laguna Peña**  
CONSEJERO DE EDUCACIÓN Y CULTURA



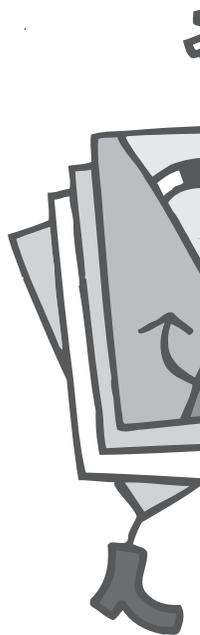
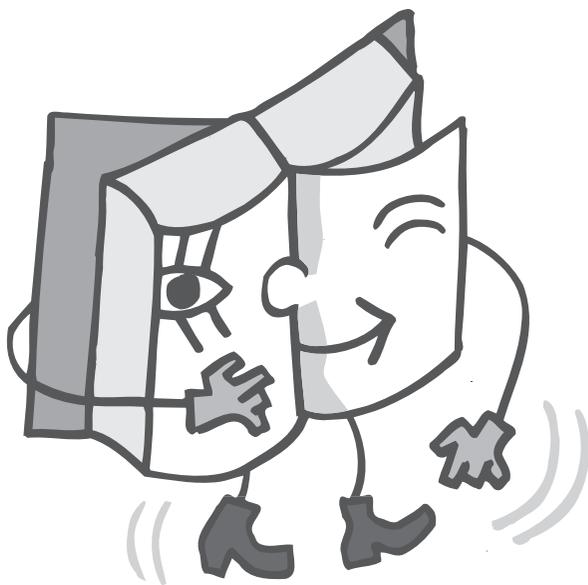


# índice

.....

7	<b>I. Consideraciones sobre la lectura</b>
10	a. La animación lectora
12	b. El placer de leer
13	c. La educación lingüístico-literaria
14	d. Mitificación del libro
15	e. Técnicas de animación
.....	
17	<b>II. Actividades para realizar en la biblioteca escolar</b>
Primera parte	
EL LIBRO, OBJETO DE REFLEXIÓN: HACIA UNA DEFINICIÓN DE LIBRO	
18	
19	1. Dos métodos de aproximación conceptual: divergente y convergente
26	2. Origen etimológico del libro
27	3. El libro en otros idiomas
27	4. Constelación semántica
31	5. Rimas
32	6. Otras actividades
36	7. Diccionarios
38	8. Hipérboles
39	9. Refranes
40	10. Aforismos
Segunda parte	
LOS ELEMENTOS DEL LIBRO	
42	
45	1. Echando la red de la mirada
45	2. El libro en movimiento
50	3. Metamorfosis del libro
60	4. Producción de textos variados
61	5. Clasificar y jugar
62	6. Definir y resumir en una palabra
63	7. Anotación final
.....	
64	BIBLIOGRAFÍA
.....	





**I.**

## **Consideraciones sobre la lectura**



Mi planteamiento es que la escuela no tiene que hacer lectores; ni considero que ése sea uno de sus objetivos prioritarios. Algún cínico asegura que la escuela lo único que consigue es deshacerlos, pero tampoco. El fenómeno me parece mucho más complejo. Nos hacemos lectores, y nos deshacemos, a lo largo de toda la vida. El hábito lector, si existe, se forma y se conforma desde la infancia hasta la vejez. Nada está seguro en él y nadie puede fiarse de que su hábito sea para siempre. Leer, más que hábito, es tenacidad, constancia, fidelidad. Por eso, aquellos que dicen que no tienen tiempo para leer dicen la verdad. Lo que, realmente, no tienen es voluntad, carácter y temperamento lector.

Lo importante es desarrollar y afianzar la **competencia lectora** de la infancia y de la adolescencia que, aunque suene lo mismo que la expresión «hacer lectores», no aporta la misma sustancia semántica.

Estoy convencido de que lo fácil es hacer animación lectora. Al alumnado le encanta, mientras no haya que leer. Pero lo difícil, lo arduo y lo complicado es desarrollar la competencia lectora, esa necesaria herramienta que otorga la posibilidad de acceder al plural y diverso contenido de los libros.

Este punto de vista exige disponer de unos conocimientos previos acerca de qué es leer y las implicaciones intelectuales y afectivas que subyacen en su proceso de enseñanza-aprendizaje.

Es posible que a la hora de enfrentarse con dicha tarea exista demasiado voluntarismo, alegre y desenfadado, y poco rigor y exactitud conceptual. He visto a muchas personas, muy entusiastas ellas, involucradas en tareas de animación lectora, que, sin tener nada claro el acto mismo de leer, han sucumbido ante la nada complaciente realidad. En los juegos de animación lectora los niños leen, pero, cosa curiosa, no se hacen lectores. O dicho con más propiedad: la animación lectora no garantiza la existencia futura de unos fervientes lectores. Y es una pena. Y, también, un síntoma.

Nos convendría, por tanto, cierta cautela, tanto teórica como procedimental. Sabedores de que el juego es un ingrediente básico y fundamental de toda animación, ello no debería llevarnos a un optimismo reduccionista de la definición de lectura. Leer no es un juego, ni una aventura, ni un viaje. Son entusiastas metáforas que más que aclarar confunden.

Considérese que el desarrollo de la competencia lectora está ligado íntimamente al modelo de enseñanza y de aprendizaje de la lengua y de la literatura que se imparte en las aulas. Por eso me parece sintomático que se hable tanto de lectura, de su animación, de hacer lectores, pero muy poco del aprendizaje de la lengua y de la literatura a secas.

Recordemos que dichos aprendizajes tienen como objetivo prioritario desarrollar en el alumnado aquellos dispositivos lingüísticos que le permitan acceder a los textos sin sufrir ninguna embolia mental; es decir, que puedan apresar el sentido de los textos y

---

hacer con él lo que buenamente quieran: observarlo, analizarlo, comprenderlo, interpretarlo, criticarlo, recrearlo, transformarlo, imitarlo, parodiarlo y, en definitiva, usarlo. La enseñanza-aprendizaje de la lengua y la literatura intenta que el alumno alcance un desarrollo de su competencia comunicativa textual óptima, sea en la vertiente de comprender como en la de producir textos; y, en otro orden, tal vez más importante, sentir y vivenciarlos.

Muchos alumnos no desean leer porque no pueden hacerlo. No es que no quieran –bueno, también los hay que no quieren, aunque por otras razones que aquí no señalo– es que no pueden. Y no pueden porque no poseen los suficientes y adecuados saberes declarativos y procedimentales que les permitan acceder a los textos, no voy a decir con gozo incontenible, pero sí con cierta seguridad de que aquello que se escucha en la página del libro no llegue a sonarles a música de Bach.

La escuela no es responsable de los alumnos que **no quieren leer**. Al fin y al cabo, leer no es una obligación, ¿verdad? Pero la institución escolar sí es responsable de los alumnos que no leen porque **no pueden**. ¿Por qué? Porque no saben hacerlo. ¿Por qué? Porque no se les ha enseñado.

Y no pueden leer porque el sistema de aprendizaje y enseñanza, tanto de la lectura como de la escritura, no les ha proporcionado esa capacidad, esa competencia lectora. Una competencia que implica, como se sabe, ciertas operaciones mentales: percibir e identificar las unidades del texto; razonar y movilizar conocimientos para enfrentarse a las informaciones y sentidos del texto y, finalmente, establecer una significación, una adecuación y una coherencia en función de las circunstancias lectoras.

Es importante que la atención del lector quede absorbida por lo que está sintiendo, vislumbrando y pensando mientras lee, pero, también, lo es retener lo leído, hacerse con su sentido. Ambas posturas son complementarias.

A la escuela se le ha acusado de propiciar únicamente la segunda postura; pero, habría mucho que discutir sobre este particular. Si lo hubiera hecho de verdad, si hubiera asumido esa dimensión, ¿caso existirían tantos alumnos que no pueden leer bien?

Si los alumnos de una escuela no leen porque no pueden leer, porque no han tenido un desarrollo óptimo de su competencia lectora, entonces, sí; entonces cabría hablar de cierto fracaso escolar. Claro que dicha responsabilidad acabaría atemperándose si indagáramos en las causas de ese fracaso, pero, incluso así, no sería ningún consuelo.

En definitiva: el primer requisito para ser lector es saber leer. Parece una formulación de Pero Grullo, pero ¿lo es? ¿Sabe leer el alumnado que no quiere leer?

.....

## **a. La animación lectora**

Yo no dudo de que los juegos de animación lectora desarrollan cierta propensión afectiva e intelectual hacia la lectura, pero, lamentablemente, no hacen lectores. Uno de los efectos de la animación lectora es que no animan a leer a largo plazo. Podría decirse que no es una actividad de larga distancia, sino de corta.

Llevamos muchos años inventando actividades alrededor del libro y por ningún lado efectivo se ven resultados. Y esto nos tiene que doler, porque la inversión de tiempo y de entusiasmo en ellos ha sido proverbial. Muy al contrario ha sucedido con los métodos que consiguen hacer no lectores, cuyo éxito sigue siendo escandaloso. En este aspecto, también convendría analizar cuáles son esos métodos, porque, quizás, o no estén tan claros a la hora de ser enjuiciados o, peor aún, tal vez no sean los verdaderos causantes de la inapetencia lectora.

Las estadísticas siguen denunciado la ineficacia de los métodos y de las técnicas en que basamos el desarrollo de lectores. Y este detalle tendría que ser motivo de reflexión, ya que, en muchas ocasiones, no sólo se denuncian tales métodos, sino que se intenta poner remedio a los mismos con el consabido efecto de su ineficacia. Quizás, como digo, las causas que establecemos como determinantes de la desafección lectora no sean tales. Y que, quizás, la única y verdadera causa de que los niños no lean es porque no saben leer.

En la animación lectora, lo que se despierta no es el interés por el libro, sino por el juego que funciona como cebo para que el alumno pique en él y entre en el libro. En su mayoría, estos juegos funcionan como zanahorias brillantes y luminosas. Desaparecidas éstas, no queda sino el palo seco que las sustenta y las mueve: un manojo de hojas hábilmente cosidas, y cuyos rasgos de brillantez y luminosidad se recomiendan exclusivamente al diseño, color y dibujo.

Sería bueno que, caso de seguir manteniendo inflexible el ademán de la animación lectora, se ideara algo mucho más fundamentado que esas benditas actividades lúdicas para boy scouts, que invariablemente se usan para despertar el deseo de leer y lo que de verdad despiertan son unas enormes ganas de entregarse al juego solidario y cooperativo. En una animación lectora lo que seduce es el método, no el libro en sí mismo considerado.

Lo que seduce es el juego. Pero ni el libro ni la lectura son juegos. «Leer es un juego maravilloso», se dice a los niños. «¿Cómo jugar a los marcianos en el ordenador?», preguntan ellos. «Mucho mejor», responde el bueno del adulto. Pero pronto se descubre la añagaza. Y es que ¿hay alguna actividad que inventemos los adultos para el alumnado que no se base en alguna trampa, eso sí, divertida, lúdica y deleitosa?

La animación lectora tampoco es un espacio inequívoco de libertad, como a veces se dice<sup>1</sup>. La animación lectora participa de los mismos hierros coercitivos y constrictivos que cualquier otra actividad que pergeña el adulto para la infancia. G. Steiner plantea esta cuestión en unos términos que no permiten, desde luego, la contundencia exacta de la verdad clara y luminosa: «¿Con qué derecho puede uno obligar a un ser humano a alzar el listón de sus gozos y gustos? Yo sospecho que ser profesor es arrogarse ese derecho. No se puede ser profesor sin ser por dentro un déspota, sin decir: Te voy a hacer amar un texto bello, una bella música, las altas matemáticas, la Historia, la filosofía. Pero cuidado: la ética de esta esperanza es muy ambigua»<sup>2</sup>.

Tan ambigua como el mismo concepto de animación lectora. Si miramos el Diccionario de la RAE descubrimos que la palabra animación tiene nada más y nada menos que diez acepciones. Veámoslas:

«1.- Vivificar el cuerpo. 2.- Infundir vigor a un ser viviente. 3.- Infundir energía moral a uno. 4.- Excitar a una acción. 5.- En obras de arte, hacer que parezcan dotadas de vida. 6.- Tratándose de cosas inanimadas, comunicarles mayor vigor, intensidad y movimiento, 7.- Dotar de movimiento a cosas inanimadas. 8.- Dar movimiento, calor y vida a un concurso de gente o a un paraje. 9.- Vivir, habitar o morar (en desuso). 10.- Cobrar ánimo y esfuerzo».

Cualquier acepción que tomemos nos serviría para describir, con cierta ironía, es verdad, lo que se llama *animación*. En el caso que nos ocupa, parecería como si estuviéramos ante un cadáver o alguien en estado comatoso y que, gracias a la intervención de alguien, recobrarla la vida. En muchos casos ya sabemos que es así. Ideamos la animación lectora para aquel alumnado que, si no está muerto en relación con la lectura, le falta muy poco. Lo curioso del caso es que, quizás, este alumnado lo que de verdad necesite sean unas buenas clases de comprensión lectora, puras y duras. Se piensa que a través de estos juegos solucionamos problemas arduos y complejos de lenguaje, pero no es verdad. Lo único que hacemos, y tampoco me parece mal, es el juego cooperativo y el cultivo de la sociabilidad entre sujetos que, sin duda, la necesitan.

Es decir, muchas actividades que se hacen en torno al libro tienen como finalidad pasárselo bien, pero no atajar algunas de las causas intelectuales que impiden a ciertos alumnos comprender e interpretar, sentir y vivenciar los textos. De ahí lo difícil que resulta elaborar actividades de animación lectora que realmente lo sean, que lo sean en lo tocante a diluir las causas de inapetencia lectora.

■1. Luis García Montero llegará a decir que «nada más útil que la literatura porque ella nos convierte en seres libres al demostrarnos que todo puede ser creado y destruido» (*Confesiones poéticas*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1993).

■2. G. STEINER- A, SPIRE, *La barbarie de la ignorancia*, Mario Muchnik, Barcelona, 1999.

.....

## b. El placer de leer

Está, después, el placer de la lectura. Conviene repetirlo una vez más. El placer de la lectura tampoco es objetivo curricular. El profesorado no tiene ninguna obligación de hacérselo pasar bien al alumnado, lo cual no quiere decir que haya que portarse y comportarse sádicamente o, si se quiere menos agresividad verbal, como una pared de frontón ante sus necesidades. El hecho de que el alumnado se aburra en clase no quiere decir que no aprenda. El hecho de que el alumnado se aburra leyendo no significa que no tenga que leer y seguir leyendo, si dicha lectura es condición «sine qua non» para el aprendizaje de cualquier concepto, sea de la naturaleza que sea. Un deseo que no se satisface siempre produce aburrimiento, pero el deseo de leer y el de escribir se satisfacen con esfuerzo, con reflexión y con entusiasmo mental. La alternativa al aburrimiento del alumnado no está en hacer de la actividad académica un circo, sino en transformar el saber declarativo —el saber sobre— en saber procedimental —saber hacer algo con el anterior saber—. Por eso se sostiene que la responsabilidad de la escuela es dotar al alumnado de aquellos instrumentos de la competencia lectora para que mediante ellos acceda a los textos cuando quiera o desee. Y si experimenta placer o no, allá él con su sistema nervioso y gustativo. Y estamos hablando de lectores que leen por propia iniciativa cuando se aburren o porque no saben hacer otra cosa más digna que pasar el rato de la vida, como dijera Baroja.

Los objetivos de la escuela en relación con la lectura se refieren a la apropiación de instrumentos para la obtención de ese placer, pero no a la necesidad de experimentarlo. Muchos profesores caen en el derrotismo al oír las lamentaciones de su alumnado cuando éste dice que no experimenta placer alguno leyendo. ¿Y quién le ha dicho que tiene que experimentarlo? ¿Acaso lo experimenta despejando incógnitas de segundo grado o estudiando logaritmos?

Es muy posible que hayamos creado un falso discurso sobre la lectura que auna indisolublemente placer y lectura en sus términos y que, para nuestra desgracia, ha tenido el efecto de un boomerang, de volverse contra nosotros mismos.

El placer, caso de existir, es tan íntimo, tan particularmente inefable, que, puestos a hablar del mismo, con toda seguridad nuestras confesiones no coincidirían en lo más mínimo. Hablar a los niños del placer de la lectura es muy peligroso, porque tal placer no es verificable mediante procedimientos empíricos. ¿Cómo demuestro yo a los niños el supuesto placer que experimento leyendo? Ni yo mismo sabría explicármelo a mí mismo.

El acercamiento y profundización de la lectura en el alumnado se realizan muchas veces en términos de invernadero, de sumo proteccionismo y apoyo paternalista. En términos que en nada se parecen a los espacios y tiempos en que se desenvuelve la vida de cualquier persona que lee. En este sentido, parece bastante lógico considerar que si los alumnos han de apropiarse de la forma de lectura tal y como funciona socialmente, es

decir, como un acto personal y libre de relación entre el texto y el lector, se habrá de procurar un espacio de lectura con esas características, sin que pueda superponerse e identificarse con las situaciones pensadas por la escuela para ayudar al desarrollo de la competencia lectora y literaria. La lectura funciona socialmente como un acto individual, solitario, personal. Por tanto, ésa es la imagen que tenemos como norte y guía de nuestras actividades: hacer del niño un competente lector para que, hoy y mañana, si lo desea, se enfrente al acto solitario de la lectura.

Por las mismas razones, no se deberían confundir las situaciones diseñadas desde la animación lectora con el verdadero desarrollo de la competencia lectora y literaria y su última finalidad: la creación de sujetos competentes para que, cuando lo deseen, por aburrimiento, porque les gusta sin más, porque no saben hacer otra cosa, lean para sí mismos, para una empresa o para escribir un artículo.

## **C. La educación lingüístico-literaria**

En mi opinión, lo que más ayuda a la creación de competentes lectores es una buena educación lingüístico literaria. El verdadero sustento de los futuros lectores es recibir una buena formación lingüístico literaria. El camino más seguro para hacer lectores es hacer escritores. Leer es mucho más complejo que escribir. La escritura exige más esfuerzo físico, pero no mental. Leer es mucho más cómodo, pero no más fácil que escribir. Salvado este escollo del desgaste físico, el resto de las exigencias de la escritura es menos restrictiva y constrictiva que la lectura.

Leer supone abandonarse al otro, dejarse llevar por su discurso, por su léxico, por su imaginaria, por su exuberancia lingüística, por su saber cognitivo, exige entender sus frases, comprender sus elipsis, interpretar su tono, su ironía, su sarcasmo, su modo particularísimo de organizar y estructurar el texto; en definitiva, leyendo nos enajenamos en el texto de otro.

Escribir, por el contrario, supone controlar el propio discurso, las riendas del sintagma, del tono, del vocabulario, de la sutileza en el decir y en la manera de planificar el texto desde el principio hasta al fin. Escribiendo no tenemos que padecer ningún sobresalto narrativo, porque somos nosotros quienes los distribuimos y organizamos. Escribir pertenece a nuestra propia conciencia.

En la institución educativa existe una obsesión por la lectura, pero no por la escritura. Quizás nos encontremos ante una de las causas más profundas que horadan y desgastan el deseo de leer, que tantas y buenas promesas despierta en las primeras edades. Pues bien. Tal vez, si se despertara y se mantuviera el deseo de escribir a lo largo de toda la escolarización, los niveles de competencia lectora –y por tanto de futuros lectores– serían mucho mayores. Porque quien escribe, siempre lee.

.....

## d. Mitificación del libro

Está, después, la idealización del libro presentado como un objeto mágico, maravilloso y fantástico. Cada cual es muy esclavo de poner limitaciones a sus propias posibilidades. Reconozcamos, por tanto, que la lectura y la devoción por los libros son una limitación más. Pero de ahí a renunciar a la prudencia y a la discreción, hay un abismo. Confundir realidad y ficción está cada vez más al alcance de cualquiera, pero sería peligroso que tal cambalache se operara en el ánimo del profesorado.

Un discurso de animación lectora que se base en la alabanza del libro en los términos cuasi esotéricos que he indicado está condenado al más estrepitoso de los fracasos. Ciertamente que amamos los libros con delirio, pero precisamente por esa razón, deseamos que todos aquellos que entren a formar parte de ese club, lo hagan conscientes y sabedores de lo que hacen. De que elegir la lectura como una señal de identidad de nuestro estar solitario en el mundo es una verdadera autolimitación deseada. Porque, al elegir la lectura, abandonamos otras posibilidades tan buenas y tan malas como otras.

Leer se constituye así en un síntoma de nuestro ser; un síntoma de cosas buenas y no tan buenas, pero tan legítimas como pueden ser otras. Quienes leemos no somos mejores ni peores personas que otras que eligen como sustento espiritual de su ocio la alfalfa espiritosa del deporte o de la papiroflexia. Al leer no somos más, pero tampoco menos. Sencillamente, al leer nos hacemos lectores. Porque leer es haber leído. El discurso apologético del libro es propio de quienes padecemos el «complejo de Alejandría». Caemos en ese abismo conceptual cada vez que mantenemos la afirmación radical de que nuestro mundo será inhabitable sin libros. Pensemos en esa biblioteca de Alejandría que acabo de nombrar. Se destruyó y ¿qué pasó? Que le sucedieron un millón de alejandrías más en el mundo. Y no solamente eso: dentro de muy poco se inaugurará una nueva Biblioteca de Alejandría, ahora llamada Alexandrina, situada sobre el mismo lugar donde estuvo situado el Palacio de los Ptolomeos. Y todo su fondo, como no podía ser de otro modo, informatizado.

Comparto el sentimiento que nos puede anegar ante la desaparición de una biblioteca, pero no el discurso fundamentalista que se despliega a raíz de tal hecatombe. Y menos aún presentarlo ante el alumnado con toques apocalípticos. Otorgando al libro la importancia que se merece —que es la que le merece a uno— no olvido lo que Steiner señala: «¿Por qué las humanidades, en el sentido más amplio de la palabra, por qué la razón de las ciencias no nos han dado protección alguna contra lo inhumano? ¿Por qué, efectivamente, es posible tocar a Schubert por la noche y marchar por la mañana a cumplir con sus obligaciones en el campo de concentración? Ni la lectura, ni la música, ni el arte han podido impedir la barbarie total. Han llegado a ser el ornamento de esa barbarie, si hay que decirlo todo»<sup>3</sup>.

■3. George Steiner-Antoine Spire, *La barbarie de la ignorancia*, Mario Muchnik, Barcelona, 1999.

También es importante reconocer que los libros constituyen para una porción significativa del alumnado signos estallantes de su fracaso académico. Hacer el elogio de los mismos ante un público que los considera como la causa directa de su baja autoestima escolar, no es, desde luego, un buen principio pedagógico. Como contrapartida, tampoco se puede perder de vista la poco motivadora perspectiva de que leer es un trabajo. Pero lo es. Difícil y, en ocasiones, doloroso, porque no entender también hace daño en el corazón y en la inteligencia.

## e. Técnicas de animación

Volvamos nuevamente al asunto de las técnicas usadas en animación lectora. Comprobamos que casi todas ellas suelen estar tocadas por el sesgo colectivo. Su destinatario natural es el grupo, la colectividad, lo impersonal.



En cambio, la lectura es individual, personal e íntima. El paso de lo colectivo a lo individual no es automático, ni fácil. El primero no lleva necesariamente al segundo. Las diferencias entre lectura individual y actividad colectiva son mayores que las semejanzas. Nos movemos en el ámbito de lo público mientras que la lectura forma parte del reducto individual, privado, íntimo. La lectura es soledad, actividad contemplativa que requiere concentración, silencio, inmovilidad física, aislamiento y abandono provisional de cualquier otra actividad.

Cualidades todas ellas que no gustan al niño. El niño no quiere ser un individuo. Quiere ser y estar con los demás. Desea afirmarse, pero con y ante los demás. La lectura le lleva a un monólogo/diálogo consigo mismo, algo que no resulta muy agradable en ciertas edades. En realidad, pensar en uno mismo es de las actividades mentales más duras que hay. Porque pensar es, en definitiva, tomar en cuenta la ilimitada variedad de factores que intervienen en la más pequeña de nuestras acciones. Y eso, cuesta.

El joven huye de la soledad como de la peste. Le da pánico sentirse solo, estar solo. La lectura ahonda más si cabe la sima de la soledad no deseada.

El niño tampoco puede quedarse quieto un segundo. Necesita el movimiento, desplazarse de un lado a otro, sentirse vivo haciendo cosas. La lectura es viajar con la mente, sí, pero con el cuerpo varado en una silla. La lectura es sinónima de parálisis, quietud, inmovilidad corporales. ¿Qué adolescente desea semejante corsé ortopédico por muy culto que éste sea? Por eso agradece la animación lectora, porque su escenario natural, además de ser generoso y amplio, da cabida a actividades que implican movimientos y desplazamientos físicos.

Al niño, aunque nos pueda resultar sorprendente, no le molesta el ruido. Se afirma con él. El silencio le aterrera, le produce congoja y se le cae encima como espada de Damocles. El adolescente asocia siempre la lectura con el cementerio, con el silencio

.....

más absoluto que imaginarse pueda. Muchos se preguntan por qué para leer hay que estar siempre en silencio. Una respuesta convincente no es fácil. Y no lo es, porque, cuando uno no ha descubierto el valor y la ética contenida en el silencio, resulta incomprensible su alabanza y su metodología.

Finalmente, el adolescente en todo lo que hace busca una finalidad. No es nada gratuito. Lo que hace, lo hace buscando algo. ¿Cómo convencerle de la rentabilidad de la lectura? ¿Rentabilidad? ¿De qué? ¿Cómo persuadir a un conductista nato –aunque cómo no serlo después de recibir una escolarización skinneriana radical– de que lo importante es el proceso, el viaje interior, el gerundio, la aventura en el vacío, frente al producto final y manufacturado? ¿Cómo convencerle de que lo importante es leer y no la nota que se obtenga de semejante acto, después de haber interiorizado este mecanismo a lo largo de toda su vida curricular y de la otra? Pues de ningún modo verbalista y generacional.

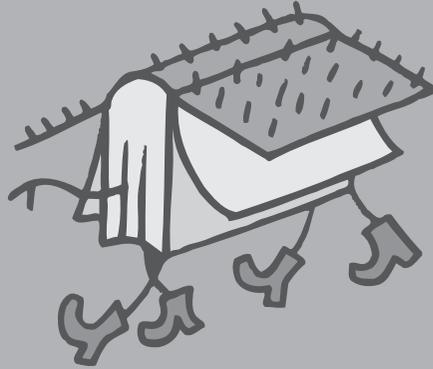
Si observamos los aspectos que son inherentes a la lectura –individualismo, soledad, silencio, nula rentabilidad en el sistema productivo social (es valor de uso, no de cambio)– repararemos en que nada, o muy poco, tienen que ver con los juegos de animación lectora que son colectivos, ruidosos y rentables desde el punto inmediato, pues satisfacen al momento una inclinación, el deseo de jugar y de estar con los demás. A ello habría que añadir que la animación lectora se dirige a un posible lector homogéneo, universal y, por tanto, inexistente, mientras que el acto lector es personal, concreto e irrepitable. Hablar en general es facilísimo; hacerlo para un destinatario concreto y personal, ya no lo es tanto.

Lo ideal sería que las técnicas de animación lectora cumplieran un papel decisivo cuando acercan una y otra vez el libro al niño mediante el juego. ¿Cómo? Elaborando actividades que tuvieran que ver con el desarrollo de los esquemas mentales, estrategias cognitivas, que subyacen en el acto de lector propiamente dicho. Pero, quizás, si lo hiciera, dejarían de ser técnicas de animación.



No soy en modo alguno detractor de las recetas ni de las técnicas, pero también considero que ni las primeras ni las segundas hacen lectores sin más. En realidad, sin más no se consigue nada en esta vida. Todo lo que obtenemos, sea de naturaleza intelectual o afectiva, se alcanza con más entrega, con más dedicación, con más trabajo.

En fin, digamos que los caminos de la lectura nos siguen pareciendo tan complejos como los de la propia vida. De ahí que nos apasione tanto y estemos siempre caminando, es decir, aprendiendo.



## II.

# Actividades para realizar en la biblioteca escolar

He elegido el libro como punto de partida de las actividades.

Éstas se estructuran siguiendo dos grandes bloques: el primero tiene como referente la palabra libro; el segundo gira alrededor de aquellos elementos que constituyen sus partes integrantes.

Se pretende que el acercamiento del alumnado al libro se lleve a cabo prestando atención al concepto de libro y a aquellos aspectos visibles que permanecen, curiosamente, invisibles a la inteligencia del lector.

## Primera parte

# EL LIBRO, OBJETO DE REFLEXIÓN: HACIA UNA DEFINICIÓN DE LIBRO

Ya que vamos a tratar de libros, bueno será que comencemos por una aproximación al concepto que los define. En consecuencia, nos preguntamos: ¿qué es un libro?

A primera vista, y dada la permanente relación del alumnado con los libros, parecerá hartamente sencillo dar con una definición satisfactoria. Puro espejismo.

Para empezar, convendría establecer un catálogo de libros conocidos por todos. Lo primero que se observará es una mezcolanza tal de textos —enciclopedias, libros de texto, diccionarios, novelas— que una definición para unos, no servirá para otros.

Por ejemplo, en el diccionario de la RAE se lee: «Libro: Conjunto de muchas hojas de papel y que forman un volumen. 2. Obra científica y literaria de bastante extensión para formar volumen».

Es posible que, si la primera acepción se pusiera en suspense y se la analizase críticamente, descubriríamos que existen en el mercado cantidad de «conjuntos de muchas hojas formando volumen» y que no reciben el concepto de libro. ¿Cuáles? Es cuestión de averiguarlo.

Estaría, después, la segunda acepción. Los libros que lee el alumnado en clase tienen, en general, esa pretensión de lo científico y literario. ¿Cuáles serían los científicos y cuáles los literarios? ¿Sabríamos establecer la línea divisoria entre ambos? Más todavía: ¿qué es lo científico? ¿Y lo literario?

En nuestro caso, dedicaríamos la reflexión u observación a los libros supuestamente literarios, concepto que tampoco resulta fácil de definir. Y no lo es si se repara en que el mismo adjetivo de literario no tiene un sentido unívoco, válido para todo el mundo. A pesar de estas dificultades, intentaremos acotar una definición de «libro» para andar por los territorios del aula. Será necesario, por tanto, poner en común nuestros personales descubrimientos, anotando parecidos y diferencias en las definiciones que logremos obtener. Y, bueno, si no se llega a una definición definitiva y concluyente, tampoco es para apurarse. Como dice M. Duras, que tanto supo de libros: «Uno siempre sabe lo que no es un libro. Lo que nunca será un libro, no, no lo sabe. Nunca»<sup>4</sup>.

Idéntica actitud pesimista adopta R. Escarpit, cuando añade: «Como todo lo vivo, el libro es indefinible. En todo caso, nadie ha logrado nunca, de un modo completo y para siempre, definir lo que es un libro»<sup>5</sup>.

■4. Marguerite Duras, *Escribir*, Tusquets editores, Barcelona, 1994.

■5. Citado por J. Martínez Sousa en su *Diccionario de bibliología y de ciencias afines*, Fundación Germán Sánchez Ruijérez, Madrid, 1993.

## I. Dos métodos de aproximación conceptual: divergente y convergente

Podemos llegar a la definición de libro siguiendo dos cauces metodológicos distintos. Uno, divergente, más liviano, más libre, más juguetón, pero no por ello exento de rigor y de exactitud en sus distintas formulaciones.

Otro, convergente, más ordenado, más racional, menos analógico, pero no por ello exento de creatividad, imaginación e inteligencia.

Constituyen dos miradas distintas sobre lo real; ambas complementarias. Ninguna de ellas agota el objeto de su estudio, ni por el lado divergente, ni por el convergente. Ambas miradas se necesitan, ya que ninguna de ellas es químicamente pura en su ejercicio. Ni la racionalidad está libre de creatividad, ni la creatividad lo está del rigor y del razonamiento.

### ■ Método divergente

Mediante él ponemos en movimiento ciertos procesos analógicos y asociativos que movilizan ciertos saberes adquiridos a lo largo de la vida y que duermen más o menos conscientemente en las criptas de la memoria creativa o del higiénico y misericordioso olvido.

Con este método se logra extraer de la persona ideas, imágenes, sentimientos, léxico, prejuicios, que mantenemos acerca de cualquier concepto y, en este caso, del libro. Se trata de una primera aproximación lúdica, que no desdeña la exactitud de lo imaginado y lo evocado, aunque no sea éste su objetivo primordial. Este busca, en realidad, el acercamiento de una persona a un objeto cuasi familiar, corriente en su vida, presente durante muchas horas del día y del que rara vez se plantea «qué-cosa-sea», porque lo ve tan inmerso en su vida de estudiante o de lector, que lo da por sabido y consabido.

El esquema procedimental de esta actividad se rige por una serie de propuestas. Sin necesidad de pensar excesivamente, el sujeto responderá de un modo rápido. Una rapidez que estará sometida a las propias vivencias. Pues todo lenguaje es connotativo. No existe palabra, por muy común que sea, que, al pronunciarla, no nos evoque alguna nostalgia escondida en los pliegues de la memoria. ¿Igual que con libro?

**Se entrega al alumnado una hoja pidiéndole que complete unas series iniciadas, aconsejándole que no piense demasiado en la respuesta y que añada a la serie cuantas posibilidades se le ocurran y desee.**

.....

Es bueno aconsejar al alumnado que no rechace ninguna asociación, por muy tonta o atrevida que le parezca. Todo lo que viene al cerebro será por alguna razón. Por tanto, consignémoslo sin más. El esquema propuesto puede modificarse, alterar su orden, añadir o quitar alguna de las estructuras propuestas.

- El libro es
- Y yo lo entiendo
- Me sugiere
- Lo simbolizaría
- Las características de un libro son
- Una persona huele a libros
- En general, una persona muestra que ha leído cuando
- Ahora, voy a describir las fechorías de los libros
- Me pregunto, ¿por qué hay libros?
- Las consecuencias de que existan libros son
- ¿Qué pasaría si desaparecieran los libros?
- ¿Qué pasaría si todos leyeran?
- En definitiva, ¿qué es un libro?

A continuación, se recogen las respuestas dadas en una sesión, incluso las consideradas como poco significativas. A veces, éstas últimas son las que más aclaran y las que más sugieren.

Veamos algunas respuestas de un grupo.

- **El libro** es documento, enciclopedia, rollo, hojas, contenidos, formación, diversión, aburrimiento, sacrificio, entretenimiento, diálogo, autor, teorías, olor, tacto, bolsillo, robo, biblioteca, librería, escritor, dinero, tontería, muerte, vida, soledad, declamación, estudio, notas, fines de semana tristes.
- **Y yo lo entiendo como** mensaje, muestra de narcisismo, pérdida de tiempo, abuso de la naturaleza, fuente de dolor y de conocimiento, motivo de cuestionamiento propio, sacudida, forma de descubrir ideas, mundos diferentes, viaje y aventura, signo de chulería, motivo de conversación, manipulación de la gente sencilla, superfluidad, memoria, pasado, inutilidad.
- **Me sugiere** soledad, tranquilidad, silencio, pensar, comprar, pasar el rato, bibliomanía, ratón, biblioteca, trabajo, instrucción, intimidad, infelicidad, placer, gozo, personajes, vidas ejemplares, vidas envidiadas, ficción, imaginación, fantasía, lejanía, ideación, tonterías, dinero, kiosco, librerías, Alejandría, avión, tren, viajes, salas de espera, un recorrido de autobús, el escriba sentado que estudiamos en sociales, lapiceros, riqueza espiritual, grifos goteando siempre, montañas verdes y ríos olvidados, sábanas, mesilla de noche, farmacia, invierno.

- **Lo simbolizaría con** un águila, un pez, una rata, una rana, un buey, un tren, un barco, un flexo, una puerta, un pasillo con habitaciones, surcos, recorridos, sendas, rutas, planos de camino, cartografía, mapa, un balcón, un tintero, unos ojos, un corazón solitario, una vieja sentada en un banco de piedra, una chimenea negra de hollín, un perro, con una pluma, un abedul, una proa de un barco vikingo, el nido de una cigüeña, una madriguera de topo, una excavación.
  
- **Las características de los libros** no son como los pasatiempos ni las sopas de letras, ni los crucigramas ni los puzzles, no son livianos, ni entretenidos en su mayoría, algunos son sesudos, otros son ligeros y placenteros, algunos no pesan nada, otros sí, no existen para que suframos con ellos, pero a veces sufrimos, son ordenados y limpios, huelen siempre a tinta, contienen palabras e imágenes, no dan la murga, siempre están silenciosos, fáciles de manejar, portátiles.
  
- **Una persona huele a libros** por su erudición; por su facilidad para citar; porque lleva gafas de culo de vaso; porque tiene un aspecto dejado; porque tiene veinte años y parece que tiene ochenta; porque lo que sabe va muy por delante de lo que ha vivido; porque no le gusta hablar con cualquiera; porque apenas si se relaciona con los demás; porque todo el dinero que tiene se lo gasta en libros; porque es un pesado; porque tiene los defectos del orgullo; porque si no olierá a libro, olería a aceite refrito.
  
- **Ahora, voy a describir las fechorías de los libros:** por los libros se han cometido muchas barbaridades, por los libros dominan unos a otros; por los libros se crean modelos de sociedad superiores a otros; infantilismos, pérdida del contacto con la realidad, tala de bosques y de civilizaciones, crearse un personaje de novela, amar más a los personajes de novela que a los personajes de carne y de hueso; produce críticos y suplementos literarios; hace más sola la soledad; engaña a mucha gente; hace más sensible a los que no debieran serlo; produce ladrones.
  
- **Me pregunto, ¿por qué hay libros?** Porque en un tiempo hubo que hacer censos y cuentas; por vanidad, por aburrimiento, por confiar demasiado en la razón, por sadismo, por masoquismo, porque sí, porque hay poder, porque se desprecia lo oral, porque no se confía en la memoria, porque los hombres no confían en nada ni en nadie, porque unos se consideran superiores; porque todo está inacabado; porque hay dolor y desesperación; porque el hombre es así de generoso.
  
- **¿Qué pasaría si desaparecieran los libros?** Se perdería parte de la memoria del pasado, se perdería la capacidad de reflexión que te proporcionan; desaparecerían los libreros, los bibliotecarios, los escritores; las escuelas tendrían que inventarse otros ayudantes; sería imposible regalarlos; el gobierno ya no los subvencionaría; algunos perderían su puesto de trabajo.
  
- **¿Qué pasaría si todos leyeran?** Nada que no pase ahora, se vería menos televisión, se hablaría menos en casa, la gente hablaría menos entre sí y habría menos riñas, menos crímenes, menos tragedias, la palabra hablada no valdría nada; sólo se mataría con palabras...

.....

## ¿Qué se puede hacer con estas respuestas?

Lo que se ha dicho constituye un cargamento variopinto de insinuaciones y de embriones de diversa naturaleza textual; una buena ocasión para escribir, hablar, dibujar unos cuantos textos.

Grosso modo se sugieren las siguientes actividades:

- Hacer murales publicitarios acerca de qué sea un libro.
- Hacer pósters-símbolos del libro.
- Contar las fechorías de un libro concreto.
- Elaborar un manual de instrucciones para que lean quienes no lo hacen.
- Diseñar un monumento al libro desconocido.
- Responder de modo argumentativo a alguna pregunta derivada de las enumeraciones anteriores: ¿por qué la palabra hablada no valdría nada, si todos leyeran?
- Describir mi primer encuentro con el libro.
- Escribir una carta a un amigo comentándole alguna de las definiciones que se han encontrado al libro.
- Escribir un poema utilizando las imágenes halladas al libro.
- Escribir un texto enumerativo cuyo eje sintáctico fundamental sea una pregunta: ¿cuándo, cómo, por qué, para qué?

### ■ Método convergente

El objetivo es llegar a una definición colectiva de libro. No se pretende que el alumnado llegue a una definición que coincida con la que supuestamente tiene el profesorado. Ya sabemos que las ideas y las opiniones de los demás son buenas en la medida en que se parecen a las nuestras, pero, por esta vez, declinemos nuestro prurito de vanidad conceptual en beneficio de la búsqueda ordenada entre todos.

El profesorado observará que esta búsqueda constituye un sutil pretexto para ir, poco a poco, involucrando al alumnado en el cultivo de la curiosidad, de la rudimentaria pero necesaria actitud investigadora. De incubar en su ánimo una propensión positiva hacia todo aquello que se le presenta bajo el celofán libresco.

La actividad no resulta fácil, ni tampoco es sencilla. Esta constatación es curiosa, porque la experiencia muestra que vivimos sin contratiempo alguno en relación con el objeto de nuestro estudio. Lo sencillo se torna complicado en cuanto varias personas discuten sobre algo<sup>6</sup>.

- 6. Algunas de las producciones literarias se basan en ese principio, que Gordon denominó «Sinéctica». Gordon cree que la base de la invención es inconsciente e irracional. Son mecanismos inconcientes quienes orientan la invención. La sinéctica debe mucho a la técnica del extrañamiento, usada por primera vez por Viktor Sklovski para definir cómo Tolstoi había escrito sobre un simple sofá «como si nunca lo hubiera visto y no tuviese la sospecha de sus posible usos». Max Ernst llamó a esta técnica «enajenación sistemática». Julio Cortázar puso en práctica esta técnica en sus *Instrucciones*, en *Historia de cronopios y de famas*.

Sabemos lo que es un libro si nadie nos lo pregunta, pero, en cuanto alguien nos hace la pregunta, la seguridad conceptual en la que habitamos se tambalea. ¿Por qué? Porque el concepto de libro no es unívoco y, sobre todo, porque existen muchos objetos que se hacen llamar libros y no lo son. Incluso la existencia del libro virtual moderno pone en un brete hasta la misma definición que de libro trae el Diccionario de la Real Academia.

Básicamente, se trata de ponerse de acuerdo con el otro, converger con su opinión o con su idea acerca de qué realidad sea un libro. Buscar y encontrar una definición que sirva para aplicarla a todos los libros existentes en el mundo. ¿Es posible una definición de estas características? A poco que indagemos en cualquiera de las definiciones que circulan en las enciclopedias y en los diccionarios, caeremos en la constatación de que no lo es.

*Camino a seguir*

**1. Se pide al alumnado que escriba en un folio lo que entiende por libro.**

Puede extenderse cuanto quiera y como quiera.

**2. Se recogen los folios. Respetando su anonimato, se van leyendo en voz alta.**

*En primer lugar*, es pertinente indicar el hecho de que muchas de las definiciones dadas se contradirán entre sí, poniéndose de manifiesto la habitual situación de que en la vida utilizamos muchas palabras sin que los contertulios estén dando a las mismas idéntico significado.

El profesorado, si lo desea, puede entrar en un tute dialéctico interesante acerca de los problemas que, socialmente, puede generar esta situación: utilizamos las mismas palabras pero no con los mismos significados. ¿Por qué? ¿Es posible hablar de comunicación, cuando los significantes utilizados no transportan en sus pliegues lexemáticos el mismo significado? ¿Por qué una misma palabra significa distintas cosas para las personas, si es la misma palabra?

*En segundo lugar*, es interesante tomar las definiciones del alumnado y clasificarlas según la naturaleza en que vienen expresadas. En este punto, el profesorado debe ser previsor y tener preparada en su recámara didáctica los tipos de definición en que ésta acostumbra a formularse. Puede adquirir varias formas. Algunas de éstas son:

- a. ■ Definición por inclusión: *Un libro es un volumen*
- b. ■ Definición por descripción: *Es un conjunto de hojas*
- c. ■ Definición por función: *Es un objeto que sirve para...*
- d. ■ Definición por contraste. *Es parecido a...*

Una vez realizada esta actividad, podemos preguntarnos cuál de estos tipos de definición nos convence más y por qué.

.....

En tercer lugar, después de observar, analizar, clasificar y comparar las definiciones del alumnado, es el momento de ir a los diccionarios para saber qué es lo que dicen del concepto que hemos intentado definir.

Para llevar adelante esta actividad es recomendable disponer de varios diccionarios. Comparando las definiciones de unos con las de los otros, se comprueba que los lexicógrafos son, en este sentido, la viva imagen del alumnado. La experiencia es muy útil, porque las comparaciones, gracias a que son odiosas, arrojan mucha luz sobre las sombras del supuesto conocimiento.

A continuación traigo las definiciones de los diccionarios más conocidos:

- Sebastián de Covarrubias, en *Tesoro de la lengua castellana o española*, dice lo siguiente de la palabra libro: «Del nombre latino liber; vulgarmente llamamos libro qualquier volumen de hojas, o de papel o de pergamino ligado en quadernos y cubierto. Dixose libro de la palabra latina liber, que vale corteza de árbol, o porque los antiguos escribían en estas cortezas, o porque de entre ellas y el árbol sacavan ciertas telas de que se servían para escribir, particularmente del árbol dicho papiro, cuyo nombre también nos ha quedado en el papel común. Hazer libro nuevo, rematar cuenta pasadas. Dízese algunas vezes de la enmienda de la vida. Aver estudiado en el libro de su aldea, no saber más que lo que en particular le han enseñado. Suelen dezir: Dios os libre de hombre de un solo libro, porque si acierta a ser bueno y es universal, como le lee muchas vezes, házese capaz de sus sentencias y tiénelo todo *in promptu*»<sup>7</sup>.

De esta definición se deduce que el libro, en tiempos de Covarrubias, no era todavía un producto de la industria.

- Real Academia: «1. Conjunto de muchas hojas de papel, vitela, etc, ordinariamente impresas, que se han cosido o encuadernado juntas con cubierta de papel, cartón, pergamino u otra piel, etc., y que forman un volumen. 2. Obra científica o literaria de bastante extensión para formar un volumen. 3. Cada una de ciertas partes principales en que suelen dividirse las obras científicas o literarias, y los códigos y leyes de gran extensión».
- Vox: «Conjuntos de hojas de papel, escritas o impresas y cosidas formando un cuerpo».
- Espasa: «1. Conjunto de hojas de papel manuscrito o impresas que, cosidas o encuadernadas, forman un volumen. 2. Obra científica o literaria de bastante extensión para formar un volumen. 3. Cada una de las partes en que suelen dividirse la obra científica o literaria, y los códigos y leyes de gran extensión».
- Moliner: «Conjunto de hojas escritas sujetas todas juntas por uno de sus labios».

7. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua española o castellana*, Ediciones Turner, Madrid, 1979.

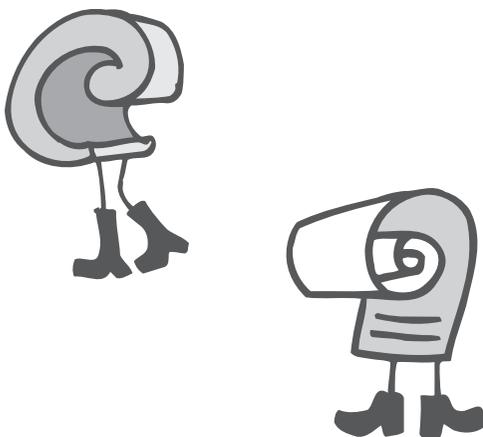
- Anaya: «(Lat. Liber, -bri) s.m. 1. Agrupamiento de hojas, generalmente impresas, cosidas o sujetas todas por uno de sus lados y provistas de cubiertas. 2. Cada una de las partes de una obra extensa. 3. Tercera parte de las cuatro en que se divide el estómago de los rumiantes. 4. Libreto. 5. Aplícase a cosas que tienen forma de libro». Y añade las siguientes variedades de libros: «Blanco, amarillo, rojo; de caballerías; de caja; canónico; de texto».

Es el momento de comprobar y de verificar si las definiciones de los estudiosos de la lengua se corresponden o no con las propias. Ver parecidos y diferencias entre unas y otras. Y lo más importante, reflexionar si dichas definiciones sirven para todos los libros que en el mundo son.

A propósito de «todos los libros que en el mundo son», el Diccionario de María Moliner trae a colación una variopinta tipología de libros.

Veámosla como simple curiosidad:

- Libro antifona o antifonario
- Libro becerro
- Libro de caballerías
- Libro de caja
- Libro canónico
- L. copiator
- L. de coro
- L. de las cuarenta hojas (baraja)
- L. de cuentas ajustadas
- L. diario
- L. del eclesiástico
- L. de fondo
- L. de horas
- L. mayor
- L. de misa
- L. moral
- L. de música
- L. de oro
- L. penador
- L. procesionario
- L. registro
- L. ritual
- L. de surtido
- L. de texto
- L. verde
- L. de la vida<sup>8</sup>



■8. En el Diccionario de bibliología..., de Martínez de Sousa, puede encontrarse una enumeración todavía más exhaustiva.

.....

## 2. Origen etimológico del libro

Las dos voces que en español y otras lenguas se refieren al libro tienen que ver con el reino vegetal: *biblos*, en griego, es la fibra interior de ciertas cañas, especialmente el papiro. *Liber*, en latín, es la membrana que tienen los árboles entre la corteza y la madera, en la cual se escribía antes de la invención del papel, según nos hacen saber Virgilio y Cicerón.

De la primera, dice el Diccionario de Corominas: «tomado del lat. *liber*, -bri, íd. I documentación: orígenes del idioma (Cid, etc.). Tiene forma culta en todos los romances. El término botánico *liber* (Acad. 1884, no 1843) es duplicado, procedente de la ac. etimológica «parte interior de la corteza de las plantas», que los romanos emplearon modo de papel (de donde luego la ac. «libro»).

Como derivados establece: *librero*, *librería*, *libreril*, *libresco*, *libreta*, *librete*, *libretín*, *libretista*, *librillo*, *librote*, *libraco*, *libracho*, *libelo* (tomado del latín *libellus* –librito–, diminutivo de *liber*).

De la segunda, Martínez de Sousa dice: *Bibl-*. Forma prefija del griego *biblíon* «libro» que interviene como primer componente en muchas palabras bibliológicas.

Los griegos llamaron *biblos* a lo que los romanos denominaron *liber*. *Biblos* era el nombre que los griegos dieron al papiro, materia en la que se escribían los libros en la antigüedad. Tuvo más fortuna que *liber*, pues se convirtió en término erudito para designar el lugar donde se guardaban los libros (*bibliotheca*), la persona que estaba al frente de ella (*bibliothecarius*) y también, según Plinio el Viejo, el mercader de libros (*bibliopola*).

De entre las muchas palabras que trae Martínez Sousa, rescato las derivadas de *biblos*.

*Biblioclasta* (de *biblio-* y el gr. *klaō*, romper). Su sinónimo sería *bibliolita*. Destructor de libros.

*Biblioclepto* (de *biblio-* y el gr. *kleptes*, ladrón). Su sinónimo sería *bibliopirata*. Persona que roba libros, documentos u otras piezas de bibliotecas o archivos.

*Bibliofagia* (de *biblio-* y el gr. *phagoo*, comer). Costumbre de comer libros o documentos manuscritos o impresos. Fig. Costumbre de leer libros sin aprovechamiento o acumulación irracional de libros.

La bibliofagia es especialmente animal. Pero se ha dado el caso de personas que han consumido pergaminos (por ejemplo, en Italia durante el siglo XV), y en Asia se llegó a ingerir papel por causas supersticiosas. Buonocore refiere que en 1370 Barnabó Visconti, príncipe de Milán, impuso a los legados del papa Nicolás V, que portaban una bula de excomunión, la pena de comer en su presencia el pergamino en que se hallaba escrita, y que muchos individuos pertenecientes al pueblo tártaro tienen la costumbre de comer las hojas de los libros para así impregnarse de la sabiduría contenida en ellas.

### 3. El libro en otros idiomas

En las lenguas romances la voz para designar el libro se deriva de la forma latina: así, en gallego e italiano, *libro*, igual que en español; en francés, *livre*, grafía a la que se acerca el portugués *livro*; en catalán, *llibre*, no lejana de la asturiana *libru*. En euskara, *liburu*.

El inglés *book* y el alemán *Buch* pertenecen a la misma raíz indoeuropea que significa «madera de bosque». El ruso *kniga*, libro, tal vez proceda del chino *king*, que designa el libro clásico, a través del mongol y el turco.

En árabe se designa con la palabra *kitab*; en hebrero, con *sefer*; en chino, con *sh* o *shu-ji* «obra escrita» con *ben* «libro encuadernado».

Resulta curioso que en el mundo del libro occidental se designe con palabras que en su gran mayoría provienen de otras relacionadas con el mundo vegetal, cuando los materiales escriptóreos más antiguos conocidos tienen que ver con elementos mucho más duros y duraderos como la piedra (estelas, cipos), ostracas, ladrillos, tablillas de arcilla. Por el contrario, un material tan efímero como el líber, de cuya utilización no se guarda memoria, ha dejado huella perenne aunque no se sabe bien si la palabra era utilizada por nuestros antepasados para referirse al contenido o al continente que en la actualidad llamamos libro<sup>9</sup>.

### 4. Constelación semántica

Alrededor de la palabra libro gira un sinfín de vocablos connotativos que despiertan en cada uno un mundo de evocaciones y de ensoñaciones varias. ¿Cuáles son estas palabras? Recojamos el guante que nos ofrece el denominado torbellino de ideas y apuntémoslas sin reparo alguno<sup>10</sup>.

#### ■ Adjetivación

No es fácil adjetivar con propiedad. En su mayor parte, las adjetivaciones que encontramos en la denominada literatura infantil y juvenil abusan del estereotipo y del lugar común. Y nada tan alejado de la inteligencia como los lugares comunes. Revelan pereza y desprecio al lector. La enseñanza y aprendizaje de la adjetivación tampoco forma parte de los saberes declarativos y procedimentales particulares. El adjetivo es la salsa

■9. J. Martínez de Sousa, *Diccionario de bibliología y de ciencias afines*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1993.

■10. Podrían servirnos las palabras encontradas en la primera actividad, cuando hablábamos del «desarrollo divergente» del concepto. Las mismas propuestas creativas apuntadas allí, podrían aplicarse ahora.

.....

de la literatura y, también, su muerte. Hay que andarse con mucha retina con ellos. Empecemos por extraer del acervo lingüístico del alumnado esos adjetivos que guarda en su memoria creativa y que, rara vez, utiliza en sus trabajos. En fin, que, sin pensarlos dos ni tres veces, enumere aquellos adjetivos que pueden aplicarse al libro. Por esta vía, obtenemos los siguientes.

Intrigante, fantástico, maravilloso, aburrido, tedioso, fresco, maloliente, inútil, impredecible, cordial, alegre, triste, humorístico, convencional, crítico, musical, difícil, original, agresivo, utópico, irreal, inverosímil, detallista, especializado, corriente, vulgar, rico, imposible, técnico, científico, imaginativo, cruel, luminoso, literario, desasosegante, despiadado, emocionante, penoso, inteligente, estresante, bello, placentero, sonoro, repelente, profundo, ingenioso.

### ¿Qué hacer con este cargamento lexical?

#### ■ 1º. Clasificarlos.

Siguiendo criterios varios: olfativos, táctiles, gustativos, visuales, auditivos, psicológicos, fonéticos y semánticos.

#### ■ 2º. Asociarlos.

Relacionar dichos adjetivos con algunos de los libros que última o recientemente leyeron. La propuesta podría formularse de este modo: ¿A qué libro de los leídos le aplicarías el adjetivo de fresco, musical, difícil, vulgar, despiadado, bello, estresante?

#### ■ 3º. Formular hipótesis.

Guiándose por el título del libro que leerán dentro de nada, ¿qué adjetivo consideran que le cuadra mejor; «intrigante, somnoliento, aburrido, estúpido»? Cuando terminen de leerlo, que razonen si ese adjetivo estuvo bien colocado o, por el contrario, le aplicarían otro de la lista.

#### ■ 4º. Comparar.

Independientemente de que se hayan leído o no los libros, utilizarán la lista de los adjetivos para realizar comparaciones, una actividad muy complicada y muy difícil, especialmente cuando no se trabaja en el aula.

Recordando los elementos de la comparación *—más que; menos que; tan como—* establecemos dos sistemas para llevarlas a cabo; el primer sistema no establece el segundo elemento de la comparación. Tiene que ser inventado e inventariado por el alumnado. Así:

- Un libro más valioso que
- Un libro menos útil que
- Un libro tan desasosegante como

El segundo sistema establece el segundo elemento de la comparación y obliga al alumnado a buscar y encontrar una analogía pertinente entre el primer elemento –un adjetivo– con el segundo –un sustantivo–. Así:

- Un libro más intrigante que ..... ventana
- Un libro menos imprescindible que ..... sofá
- Un libro tan maravilloso como ..... zapatos

## ■ Preposiciones

Es cierto que las preposiciones son esas partículas agradecidas de la lengua que, a pesar de su aparente simplicidad, nos traen por la calle de la amargura gramatical. Utilizarlas correctamente constituye uno de los aprendizajes más arduos de cualquier sujeto, sea alumno, profesor, e, incluso, escritor.

Gracias a las preposiciones entablamos ciertas relaciones de espacio, de tiempo, de calidad afectiva, de agresividad, incluso, con las cosas, con las personas, con todo lo vivo y lo inerte de este mundo. Y, si lo deseamos, con los mismos libros.

Al relacionar preposiciones y libros mostramos nítidamente todas y cada de las relaciones posibles que pueden mantener las personas con ellos.

Veamos:

- A los libros
- Ante los libros
- Bajo los libros
- Cabe los libros
- Con los libros
- Contra los libros
- De los libros
- Desde los libros
- En los libros
- Entre los libros
- Hacia los libros
- Para los libros
- Por los libros
- Según los libros
- Sin los libros
- Sobre los libros
- Tras los libros

En relación con las imágenes obtenidas podemos plantearnos dos actividades. Una de reflexión y otra de creación.

.....

*Reflexión.* ¿Contienen las preposiciones todas las posibles relaciones que las personas puedan establecer con los libros? Independientemente de la respuesta obtenida, se pedirá al alumnado que indague en las relaciones que él establece con los libros. Es decir: ¿cuáles son sus preposiciones favoritas en relación con los libros? Y si puede, que analice el porqué de sus respuestas.

*Creación.* Se intentará completar la frase que inicia cada preposición. Vaya un ejemplo:

- A los libros se los comen las polillas. ¿Tan buenos están?
- Ante los libros yo no me he arrodillado jamás
- Bajo los libros se esconde el fantasma de la felicidad
- ¿Con los libros se adorna hasta la barbarie?
- Contra los libros están tanto los que no leen como los que leen demasiado
- De los libros me gustaría comerme su lomo
- Desde los libros la vida se ve incolora e inodora
- En los libros vive lo que yo no vivo ni viviré nunca
- Entre los libros se cuela a veces mi ansiedad de ser otra persona
- Hacia los libros camino sin paciencia que es virtud de fanáticos
- Para los libros el mundo es una biblioteca
- Por los libros hay gente que enloquece y asesina
- Según los libros todo es posible, menos la verdad
- Sin los libros los crímenes serían sólo crímenes
- Sobre los libros dicen muchísimas tonterías gentes muy listas
- Tras los libros van todos aquellos que les duele la vida en lo más íntimo



## 5. Rimas

Para poder realizar esta actividad es necesario recopilar un conjunto de palabras que rimen con libro, tanto en consonante como en asonante. Si es preciso mirar al diccionario, se mira. En general, basta con solicitarlo a viva voz. Las que aquí se ofrecen riman en asonante.

«Vino, Silo, Pino, Sino, Destino, Hilo, Vinilo, Hito, Sito, Mirlo, Beneficio, Preciso, Utensilio, Novicio, Sumiso, Unido, Listo, Cofrecillo, Enlucido, Frío, Subterfugio, Antedicho, Peligro, Explosivo, Castigo, Tranquilo, Excesivo, Activo, Impedido, Registro, Tullido, Facultativo, Mellizo, Olvido, Escrito, Fingido, Tirso, Mendigo, Equipo, Montecillo, Mosquito, Pepino, Aburrido, Pisto, Amigo, Favorito».

A partir de estas palabras se pueden componer unos versos pareados –aucas o aleluyas– intentando expresar una idea o varias, un sentimiento relacionado con el libro; estructuras poéticas concretas –pienso en el limerick– y componer un texto siguiendo esa forma poética que creó el poeta del nonsense Edward Lear.

Una vez conocí un libro  
que se desvivía por el vino.  
Si alguien le decía: «¡Pobrecillo!»  
Él reprochaba: «Es mi sino».  
Y así termina este escrito,  
que, por breve, no es aburrido.

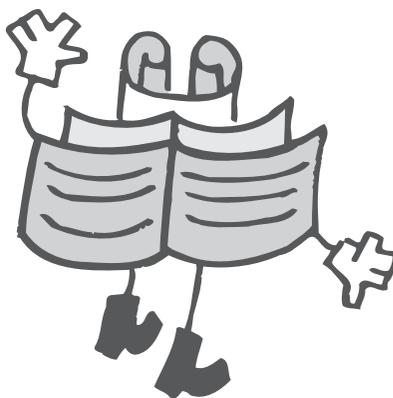
Una vez se encontró un mosquito  
con la página de un libro.  
Nunca había probado tal pisto.  
Cuando fue a hincar su pico,  
el lector lo cerró de improviso.  
¡Pobre libro! ¡Pobre mosquito!

Nunca supe si un libro  
puede ser como un pepino  
Por fuera, verde excesivo  
Por dentro, intenso frío.

Había una vez un libro  
con hojas repletas de olvido.  
Bostezaba cada noche de junio  
y en otoño se volvía impúdico.  
¡aquel libro tan amigo!<sup>11</sup>

■11. Estos supuestos versos presentan la estructura del limerick.

.....



## 6. Otras actividades

Aunque no lo parezca, con estos juegos –porque de juegos se trata– se estimula imaginación, la construcción del conocimiento y el sentido crítico. Todos ellos entrañan cierta dificultad, no sólo por lo que en sí mismos exigen, sino, sobre todo, porque la capacidad analógica y metafórica, en la que se sustentan, rara vez constituyen objetivos procedimentales habituales. Quizás, porque se considera que la creatividad surge de la nada y que es consustancial a la naturaleza del niño. Sin embargo, como todo dispositivo intelectual, exige un desarrollo y un tute curricular.

### ■ Parecidos

- ¿En qué se parece un libro a un borracho?
- ¿En qué se parece una cámara fotográfica a un libro?
- ¿En qué se parece una rana a un libro?
- ¿En qué se parece una ventana a un libro?
- ¿En qué se parece una zapatilla a un libro?
- ¿En qué se parece un camello a un libro?
- ¿En qué se parece un sillón a un libro?
- ¿En qué se parece una tristeza a un libro?
- ¿En qué se parece un avión a un libro?
- ¿En qué se parece un hipopótamo a un libro?

### ■ Colmos

- ¿Cuál es el colmo de un libro?
- ¿Cuál es el colmo de una página?
- ¿Cuál es el colmo de un prólogo?
- ¿Cuál es el colmo de una interrogación?
- ¿Cuál es el colmo de una portada?
- ¿Cuál es el colmo de un título de libro?
- ¿Cuál es el colmo de una errata?
- ¿Cuál es el colmo de un final aburrido?
- ¿Cuál es el colmo de una solapa?
- ¿Cuál es el colmo de un epílogo?

### ■ Tantanes

- Era un libro tan interesante, tan interesante, tan interesante que...
  - Era un libro tan aburrido, tan aburrido, tan aburrido que...
  - Era un libro tan fantástico, tan fantástico, tan fantástico que...
-

- Era un libro tan bien escrito, tan bien escrito, tan bien escrito que...
- Era un libro tan lúcido, tan lúcido, tan lúcido que...
- Era un libro tan gordo, tan gordo, tan gordo que...
- Era un libro tan intrigante, tan intrigante, tan intrigante que...
- Era un libro tan flojo, tan flojo, tan flojo que...
- Era un libro tan verde, tan verde, tan verde que...
- Era un libro tan triste, tan triste, tan triste que...

## ■ **Imposibles**

El imperativo categórico de la realidad nos ha impuesto una determinada manera de ver. Salirse de este acomodo no es fácil para nadie, especialmente si ello conlleva un modo distinto de comportarse.

La educación, también la educación lingüística, busca la integración del individuo en la realidad social que le da cobijo. Decimos integración y no transformación. Pues, en la práctica, sólo nos queda imaginar futuribles y posibles realidades que, rara vez, se llevan a efecto.

- 1º. Pensemos en los libros y, sobre todo, en los distintos elementos que los componen. Todos ellos cumplen una función, la que a priori se les ha asignado. Jamás se salen de ese guión significativo. Cada elemento va asociado a una acción que la da sentido. Recordemos estos elementos: libro, prólogo, epílogo, depósito legal, nota a pie de página, etcétera.
- 2º. Supongamos ahora, y al margen de los libros, una lista de acciones. El alumnado rápidamente responde: cantar, bailar, sonreír, estudiar, brillar, meter ruido, espolvorear, aventar, aventurarse, lamentarse, preguntar, comer, dormir, sentir nostalgia, morir de tristeza, correr, saltar, asesinar, volar, bostezar, soñar, silbar, etcétera.
- 3º. Asociemos, ahora, esas acciones con la palabra libro (y sus elementos, si se quiere). El resultado puede ser un conjunto de asociaciones que bien pueden servirnos para imaginar relatos, cuentos, metáforas. Veamos:
 

■ Un libro bosteza	■ El prólogo asesina
■ El libro sueña	■ El epílogo siente nostalgia
■ El libro silba	■ La errata salta de alegría
■ El libro se muere de tristeza	■ La nota a pie de página se pregunta
■ El libro vuela	■ La editorial sonríe
	■ El depósito legal brilla

Como se puede apreciar, se trata de imposibles que nunca tendrán lugar en la vida. Pero, lingüísticamente, son imposibles contruidos mediante el acomodo de cierto lenguaje metafórico, detalle que no deberíamos echar en saco roto.

.....

Cada frase contiene una propuesta de creación textual. Elijo sólo dos: «Los bostezos de un libro» y «El libro que se murió de tristeza».

Imaginar un texto breve contando lo que dichos títulos expresan no presenta excesivas dificultades, si, previamente, planificamos con el alumnado los contenidos estructurales y textuales del propio texto, narrativo, descriptivo o expositivo: ¿Quién, dónde, cuándo, qué pasó, a quién le pasó, por qué, cómo terminó todo?

### ■ **Inventos librescos**

El invento que buscamos tiene relación, obviamente, con el libro. Para ello seguiremos un proceso que tratará de rellenar los siguientes huecos:

- Nombre
- Descripción (forma, tamaño, material, textura, olor)
- Utilidades
- Posibles aplicaciones
- Destinatarios
- Frase publicitaria

Lo primero es hallar un nombre al invento. Una vez que lo tengamos, el resto de los aspectos serán más fáciles de desarrollar.

Para encontrarlo, asociamos la palabra libro con otro nombre que podemos obtener de distintos campos de la realidad: de animales, de objetos cotidianos, de frutas, de vegetales, de minerales, de vestidos, etcétera.

Supongamos que hemos elegido el ámbito de los animales. Y decimos águila, león, tigre, serpiente, ratón, morsa, foca, elefante, mosca, lince, gato, liebre, besugo, bisonte, perro, caballo, etcétera.

Cada alumno elige un animal y lo asocia con libro, mezclando entre sí y de manera libre y aleatoria sus sílabas. Veámoslo con lince y libro.

Mezclando sus sílabas a gusto, se obtiene: librolince, lilincebro, librocelin, cebrollin, bro-linceli, linbroceli, broncelil.

A continuación, se elige el nombre que más guste. Y se desarrollan todos los puntos que se han indicado (descripción, utilidades, destinatarios y publicidad).

El texto que escribamos sobre este nuevo concepto libresco puede adquirir la formulación de una noticia periodística. Por ejemplo: «B. Tósigo ha descubierto una nueva modalidad de libro: el broncelil. Tiene la propiedad fundamental de que, a medida que se va leyendo, se adquieren las cualidades y los vicios que dicho libro

---

contiene». O también: «Científicos húngaros lanzan al mercado un nuevo producto crítico-creativo: cebrollin».

Tanto en un caso como en otro, el alumnado desarrollará el contenido de estos titulares.

### ■ **Me gusta-No me gusta**

Con el fin de ir aclarando las relaciones personales con los libros esta técnica es muy adecuada. Sirve, además, como radiografía de las afinidades y fobias que cada persona mantiene con los libros. Al realizarse, puede adquirir distintas modalidades.

La más sencilla consiste en establecer dos columnas –una para *me gusta* y otra para *no me gusta*– y completarlas con los aspectos que te agradan o desagradan de los libros.

**Me gusta** que me lean cuentos y novelas en clase, los libros de miedo y de humor, leer en silencio, leer en grupo, saltarme páginas, los libros con dibujos y letras gordas, mirar en el diccionario las palabras que no conozco, preguntar al profesor lo que no entiendo, llevarme los libros a casa, apuntar frases que me hacen pensar, llorar de emoción, copiar descripciones, me gusta *La isla de los delfines azules*, hablar en voz alta de los libros que leemos en clase, hacer críticas de libros, hacer gráficas de los personajes...

**No me gusta** leer libros, pero me gusta leer tebeos y revistas sobre motos y coches; no me gusta *La isla del tesoro*, hacer fichas simplonas sobre los libros leídos, que la gente coma pipas en la biblioteca, que algunos roben libros, hacer resúmenes de los libros leídos, leer porque sí, leer por capricho del profesor, leer novelas muy largas, leer novelas con problemas de los jóvenes, que los mayores hablen constantemente de que lean los alumnos.

La más complicada consiste en escribir en una misma frase ese me gusta y no me gusta, siguiendo una constricción más: tanto el objeto del me gusta como del no me gusta seguirá el orden del alfabeto.

- Me gusta **A**licia en el País de las Maravillas, pero no **A**licia Plaf
- Me gustan los **B**onobos, pero no **B**arba Azul
- Me gustan los **C**uentos esquimales, pero no la **C**iencia Ficción
- Me gustan los **D**iez Negritos de Christie, pero no **D**ickens
- Me gusta el **E**studio de los personajes, pero no analizar la **E**structura de un relato
- Me gustan las **F**ábulas, pero no la **F**ilosofía que, según el profe, contienen
- Me gusta **M**aría Gripe, pero no me gusta el **G**ato con Botas como tipo
- Me gusta la **H**istoria Interminable, pero no las **H**istorias de Cronopios
- Me gusta las **I**lustraciones de Pacheco, pero no **I**nventar historias
- Me gustan los **J**uegos de palabras, pero no la **J**erga gramatical
- Me gusta **K**arana, la chica de La Isla de los delfines, pero no **K**afka
- Me gusta **L**a Isla del Tesoro, pero no **L**os comentarios sobre dicho libro

.....

- Me gusta **L**lamar a las cosas por su nombre, pero no **L**lorar en público
- Me gusta **M**ax y Moritz, también Momo, pero no **M**anolito Gafotas
- Me gusta **N**icolás el gran pequeño, pero los **N**iños como protagonistas no
- Me gustan los **O**gros de los cuentos, pero no **O**liver Twist (en cine sí)
- Me gustan los cuentos de **P**errault, pero no **P**eter Pan; tampoco el Principito
- Me gustan los **R**atones Sapo y Sepo, pero no **R**obinson Crusoe
- Me gusta **S**tevenson y Salgari, pero no **S**oñar despierta
- Me gusta **T**om Sawyer, y Twain, pero no las **T**ostonas explicaciones
- Me gusta **U**rsula Wolfel, pero no **U**sar continuamente el diccionario
- Me gusta que la **V**ictoria sea siempre de los buenos, pero no me gusta su **V**enganza
- Me gustan las novelas de **W**ells, pero no **W**oody Allen
- Me gustaría ser **Y**o, pero **Y**a sé que, por ahora, no lo soy
- Me gusta **X**anadú, aunque no sé lo que significa, pero no despejar **X**
- Me gusta **Z**imnik y el super Zorro de Dahl, pero no **Z**ascandilear

## 7. Diccionarios

El alumnado dispone de la posibilidad de elaborar su propio diccionario sobre la realidad llamada libro y todos aquellos conceptos que considere afines a él, ya formando parte de su familia léxica o de su campo semántico. Una vez elaborada, dará sus definiciones o sus aproximaciones semánticas.

- **Aula.** Espacio estrecho y mal iluminado donde tiene lugar una de las actividades que más me gusta: leer.
- **Biblioteca.** Un mundo que empieza en una estantería y termina en mi imaginación.
- **Comentario.** Los textos necesitan ser comentados para que el profesor muestre lo mucho que sabe sobre el texto que él comenta.
- **Dickens.** No entiendo por qué gusta tanto al profesor, si es un escritor que habla de cosas tristes.
- **Examen.** Palabra ante la que la magia de los libros no puede hacer nada.
- **Ficha.** De lectura. ¿Por qué sólo las tenemos que hacer los alumnos?
- **Gulliver.** Personaje de novela. En mi curso hay varios Gulliver. Sobre todo en el recreo.
- **Humor.** Lo echo de menos en los libros que escriben para nuestra edad.
- **Infantil.** Así se llama a cierta literatura que leen los más pequeños. A mí me gusta más que la que denominan literatura para mayores.
- **Juvenil.** Así llaman a cierta literatura que, supuestamente, leemos los jóvenes porque está escrita para nosotros. Reconozco que me gusta mucho más la literatura escrita para mayores.
- **Kipling.** No he leído nada de este escritor, pero he visto dos películas que se basaban en sus obras. Algún día lo leeré.
- **Literatura.** Una clase que me gustaría mucho si la profesora no hablara tanto. Tengo la impresión de que desconfía por completo de nuestra capacidad para comprender dónde nació Quevedo y que fue el más excelso poeta del siglo de Oro. ¿Qué significa excelso?

- **Lluvia.** Tengo que investigar por qué los días de lluvia me apetece leer más que cuando hace calor.
- **Machado.** Me ha hecho mucha gracia descubrir que la palabra machado, en minúscula, significa borracho. Eso quiere decir que el poeta Antonio Machado pudo haberse llamado Antonio Borracho. ¡Qué curiosidad!
- **Novela.** Me gusta leer novelas. Aprendo mucho de mí mismo.
- **Ñoñería.** No me molesta reconocerlo: soy muy sensibilera y, a veces, las escenas ñoñas y blandas me hacen llorar.
- **Orden.** Lo peor de la lectura es que hay que seguir un orden muy estricto. La profesora dice que el lector puede saltarse las páginas que quiera, y que eso es signo de libertad. Ya. Yo, si me paso una sola página, no me entero de nada. Yo creo que a muchos no les gusta leer porque el orden de la lectura es muy dictador.
- **Paciencia.** Es la virtud que la mayoría de nosotros no tenemos. Los profesores, tampoco. Examinar despacio las cosas es muy costoso. Paciencia y lectura son casi sinónimas.
- **Quiroga.** Me refiero a Horacio Quiroga. Sus cuentos me gustan mucho, más que los de Ambrose Bierce, que a veces nos da fotocopiados la profesora.
- **Rodari.** He acabado de Rodari hasta la sopa. Desde que aprendí a leer, los profesores siempre nos obligaban a leerlo.
- **Steinbeck.** Nunca olvidaré el curso en que la profesora nos leyó *La perla*. Durante dos meses seguidos pensé en una frase del libro que copié en mi cuaderno: «Querer con intensidad no es bueno para la salud».
- **Títulos.** Antes, cuando era más niña, me guiaba por los títulos de los libros. Ahora, no. He aprendido que muchos de ellos están muy mal elegidos. No se corresponden con lo que luego se cuenta en el libro.
- **Universal.** Durante todo el curso, la profesora nos ha leído un cuento al empezar las clases. Eran cuentos del mundo: africanos, esquimales, indios, chinos, iroqueses, ingleses, rusos, vascos, españoles, catalanes, franceses, gallegos, italianos, rumanos y tibetanos. Sin decir nada, la profesora nos ha mostrado que la humanidad es la misma en todos los continentes.
- **Vocación.** Me gusta escribir y me gusta leer. Pero no sé si el día de mañana podré dedicarme a escribir. ¿Cómo se hace uno escritor?
- **Wölfel, Ursula.** Que alguien te haga reír con la escritura me parece un ser superior. Yo lo agradezco, porque soy una persona que tiende a ser triste.
- **X.** Mi padre dice que la vida consiste en ir despejando incógnitas y que cuando damos con nuestra equis particular ya se ha pasado la vida. Bueno, mientras la pase leyendo y escribiendo no me importa.
- **Yago.** Es el nombre de un personaje de Shakespeare. Me gusta para ponérselo a mi gato o a mi perro.
- **Zimnik.** Es el apellido del escritor que escribió *La grúa*. Habla de un hombre que decide un día vivir siempre en una grúa. Más tarde, leí la historia de un hombre que decidió vivir para siempre subido a un trapecio. Lo escribió Kafka. Y también leí la historia de otro niño, llamado Cósimo, que vivió toda la vida subido en los árboles, convirtiéndose en *El barón rampante*. Esta historia la escribió Calvino. Estas tres historias me conmovieron.

.....

## 8. Hipérboles

La propuesta es elemental y sencilla: recoger durante un tiempo –una semana, quince días, un mes– frases que hayamos leído o que hayamos oído referentes a los libros y que, según nuestra opinión, consideremos exageraciones o hipérboles.

Basta con mirar todos los días las páginas de cultura de los periódicos. No hay día que no aparezca algún escritor o mandarín de las letras que las diga.

Las que vienen a continuación, a excepción de la sexta que es de Amicis y que copia de Cicerón, aparecieron en distintos medios. En cuanto a la autoría del resto, no coloco su nombre para evitar cualquier hechizo deslumbrador de las mismas.

- «Yo, sin libros me moriría; no sabría qué hacer»
- «Los libros nos hacen libres»
- «La verdadera libertad está en la lectura de libros»
- «Sólo piensa quien lee»
- «Felicidad y libros son sinónimos»
- «Una casa sin libros es una casa sin dignidad»
- «Sólo aman los libros quienes no saben vivir»
- «Basta ver cómo se comporta alguien para saber qué libros lee»
- «El mundo va mal porque la gente no lee»
- «Si algún día no pudiera leer, me pegaría un tiro»

*¿Qué hacer con estas frases o similares?*

- 1º. Entender qué es lo que dicen y lo que quieren decir, si tal malabarismo conceptual es posible y lo permite la frase en cuestión.
- 2º. Establar un diálogo acerca de su pertinencia o impertinencia semántica.
- 3º. Preguntarse acerca de quién puede sostener dichas afirmaciones.
- 4º. Un sistema ideal para enfrentarse a este tipo de frases contundentes, que rozan el dogma y la verdad apodíctica, es tomarlas tal y como se encuentran y, a continuación, ponerlas a remojo de la interrogación. Así:
  - ¿Nos hacen libres los libros?
  - ¿La verdadera libertad está en los libros?
  - ¿Sólo piensan quienes leen?

La actividad es dura, pero ¿quién ha dicho que pensar no lo sea?

## 9. Refranes

La palabra libro aparece en muchos refranes y en muchas expresiones de parecido carácter paremiológico. Seguro que el alumnado conoce algunas de ellas. Es, pues, el momento de pedírselas. Si no recuerdan ninguna, que todo es posible, el profesorado será lo suficientemente previsor para llevar al aula algunos refranes tradicionales y clásicos. Aquí le ofrezco unos cuantos, los cuales, por su formulación, recuerdan épocas muy lejanas y casi nos resultan irreconocibles.

*Los libros ¡cuánto enseñan!, pero el oro ¡cuánto alegra!*

Frase con la que los amigos de las riquezas responden a los que alaban y aconsejan el saber:

*Para ser tonto, los libros son estorbo.*

A veces se dice en tono jocosos refiriéndose a uno mismo, dando a entender que no estudiaría porque los libros no le van a sacar del grado en que le ha puesto la naturaleza. Pero, más generalmente, es una manera algo grotesca de decir a uno que no estudie tanto.

*Inútiles pláticas e inútiles libros, ni las tengan tus hijas, ni los lean tus hijos.*

Consejo en contra de las conversaciones insulsas en las que, por lo menos, se pierde el tiempo y de las lecturas inútiles.

*Tal es la triste suerte de todo libro prestado: que es perdido a veces y siempre estropeado.*

Recomienda con esto no prestar ningún libro o atenerse a las consecuencias.

*Libro cerrado no saca letrado.*

Enseña que los libros no aprovechan si no se usan.

*Libro prestado, libro perdido.*

Por lo fácil que es que no lo devuelvan.

«*Dios os libre del hombre de un solo libro*» (Covarrubias).

Un hombre entendido o sabio es aquel que aquilata, discute, compara, comprueba, enlaza sus opiniones, y sólo por esa vía llega a formar su saber.

### ■ Posibles actividades con los refranes

- 1ª. Entenderlos, algo que no resulta fácil, especialmente los que enumeré anteriormente. Analizar su sentido figurado y su sentido real. Ubicarlos en las situaciones que se pueden alegar dichos y otros refranes.
- 2ª. Inventar refranes. Inventarlos no resulta nada fácil. Recrear los ya existentes, mediante su manipulación, sí lo es.  
Tomando la estructura de algunos refranes existentes, se trataría de completar la serie en clave o tono serio o humorístico.

.....

Veamos los siguientes:

- El que a buenos libros se arrima,
- A quien lee de madrugada,
- A falta de libros,
- Los libros cuanto más gordos,
- Parientes y libros viejos,
- A mal libro,
- No hay mal libro que
- Quien mucho lee,
- Quien lee primero
- Siembra libros y
- A libro regalado
- A buen libro
- Dime qué lees
- Piensa el lector
- Cuanto menos lees,
- Mal de libros,
- En libro cerrado,
- De noche, todos los libros
- A buen lector,
- Quien mal lee,

## 10. Aforismos

El diccionario de Espasa trae como sinónimos de aforismo: adagio, agudeza, apotegma, axioma, dicho, fórmula, máxima, paremiología, pensamiento, precepto, refrán, regla, sentencia, doctrina breve.

¿Cuál es la diferencia entre refrán y aforismo? El refrán pertenece al acervo popular; el aforismo al acervo de la elite. Los refranes los utiliza todo el mundo; los aforismos, no. Formalmente, el refrán suele tener una estructura bimembre; el aforismo, no.

Semánticamente, el refrán es fácil de entender, aunque entendederas hay para todos los disgustos; el aforismo, no, que suele exigir una dosis mayor de concentración meníngea.

Sin embargo, aunque formal y semánticamente el aforismo es más complicado, más crítico, que el refrán, es mucho más fácil de inventar.

La técnica de su elaboración la encontramos en el Oulipo<sup>12</sup> y en G. Perec<sup>13</sup>. El punto de partida está en la misma gramática, la cual dispone de un cierta cantidad de fórmulas comúnmente utilizadas en la mayor parte de los aforismos. Por ejemplo:

---

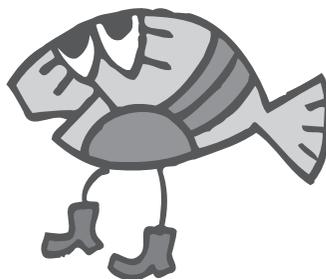
- A es el camino más corto de B a C
- A es la continuación de B por otros medios
- Un poco de A nos aleja de B, mucho nos acerca
- Los pequeños A hacen los grandes B
- A no sería A si no fuera B
- La felicidad está en A, no en B
- A es una enfermedad cuyo remedio es B
- Si caminas por A, nunca llegarás a B
- Las apariencias de A son las profundidades de B
- A se siente molesta porque en lugar de B eliges a A

El vocabulario enumera pares o tríos o cuartetos de palabras que pueden ser falsos sinónimos (amor/amistad; palabra/lenguaje); antónimos (vida/muerte, forma/fondo, recuerdo/olvido); palabras fonéticamente próximas (ley/fe, amor/humor), palabras agrupadas por el uso social (crimen/castigo, hoz/martillo, ciencia/vida).

Pidamos primero al alumnado esos pares o tríos o cuartetos, sinónimos, antónimos, parónimos y relacionémoslos con la palabra *libro*. Supongamos que establecemos una clásica relación entre libro y vida; libro y muerte; libro y libre-libertad. Ahora ya estamos en disposición de crear algunos aforismos. Veamos:

- Los libros son una enfermedad cuyo remedio está en la vida
- Los libros no serían libros si no existiera la libertad
- Lo que viene por la vida se va por los libros
- La felicidad está en los libros no en la vida
- Si caminas entre libros nunca llegarás a la verdadera libertad
- Los libros alejan a los hombres, la vida los reúne

En fin, recordemos, como dice Gabriel Zaid, que «el aforismo no es un resumen, es una exageración que funciona en cuanto se trata de extender»<sup>14</sup>.



- 12. Oulipo, *Atlas de littérature potentielle*, Gallimard, Paris, 1988.
- 13. G. Perec, *Pensar y Clasificar*, Gedisa, Barcelona, 1987.
- 14. G. Zaid, *La feria del progreso*, Taurus, Madrid, 1982.

.....

## Segunda parte

# LOS ELEMENTOS DEL LIBRO

Si nos detenemos en algunos de los estudios, que tienen como asunto primordial la historia del libro, se llega a la conclusión de que los cambios en el libro son cambios que operan en el lector y que hacen de él otro y de la lectura un acto diferente, en el que se ven involucrados, desde el dónde leer, y el cómo, hasta el para qué y desde qué perspectiva personal se lee.

Un ejemplo de esto que digo lo sugiere George Steiner, en su libro *Pasión intacta*<sup>15</sup>. Exactamente lo hace en el capítulo titulado «El lector infrecuente», donde comenta un retrato pintado por Chardin, «El filósofo lector».

De ese capítulo, me interesa rescatar aquellas palabras que dedica su autor a hablarnos de los aspectos externos de ese lector, retratado por Chardin. Lo más llamativo es que, para llevar a cabo la lectura, el personaje retratado lleve capa y sombrero. Es decir, el lector no se encuentra con el libro vestido de manera informal o desaliñada; está vestido para la ocasión. Se ha preparado concienzudamente para leer. Con la misma dedicación que si se propusiera ir a visitar a un amigo. En aquella época, leer, desde luego, no era una actividad cualquiera. Los lectores no la convertían en un acto fortuito o casual, al menos no lo es en este caso. Se trataba de un encuentro cortés y, suponemos, surgido de la propia voluntad. El lector va hacia el libro con una obsequiosidad de corazón —que eso es lo que significa cortesía—, con una atención y una actitud acogedora que difícilmente la tiene todo el mundo, y, menos aún, hoy día.

El profesor que lo desee puede hacerse con ese capítulo y leerlo detenidamente. Quizás, partiendo de las reflexiones del ensayista francés, encuentre una manera de plantear —y plantearse— modos y maneras frecuentes e infrecuentes de disponerse a leer un libro.

Y, si lo prefiere, puede acompañar el texto de Steiner con esta carta de Maquiavelo redactada en 1513: «Cuando llega la noche, vuelvo a casa y entro en mi biblioteca. Me despojo en los umbrales del traje de diario, lleno de lodo, y me pongo paños curiales y regio. Vestido decentemente entro en la antigua corte de los hombres antiguos, donde recibido amistosamente por ellos me nutro de aquel alimento que sólo es mío, y para el que yo he nacido. No me arrepiento de hablar con ellos, ni de preguntarles por el motivo de sus acciones, y ellos me responden con su gran humanidad. Durante cuatro horas no siento tedio ni cansancio, olvido todo cuidado, no temo la pobreza, la muerte no me espanta».

Supongo que nada tiene que ver la actitud reverencial que revelan los textos anteriores con las formas que tenemos de aproximarnos hoy día a los libros. Nadie se viste

■ 15. Siruela, Madrid, 1997.

de domingo para leer y, menos aún, considera ese acto como el más importante en su quehacer diario. Tanto en el primer texto como en el segundo se nos ofrece un tipo de lector atento, sin prisas, consciente de que el tiempo invertido en la lectura es un gozo para su corazón y para su inteligencia. Claro que ni el lector de Chardin ni Maquiavelo, ni el propio Steiner, son lectores frecuentes.

Cuando leí a mis alumnos ambos textos, no se lo podían creer. No podían creer que para leer un libro fuera necesario hacer tantos aspavientos. Sin embargo, al traducirles esos aspavientos a las coordenadas espacio-temporales de hoy ya no estaban tan seguros de su crítica despiadada.

¿Qué nos exige la lectura de un libro? ¿Qué tratamiento físico se da hoy a los libros que caen en nuestras manos? Posiblemente, el mismo que otorgamos a las cosas y a las personas. Aquello que nada significa para nosotros cae bajo la cruel férula del hostigamiento o de la indiferencia.

Y aquí, desde luego, cabría una reflexión en relación con los libros de texto que, dada su habitual presencia en la vida del alumnado, poseen unos efectos ideológicos y afectivos notables.

Dice Alejandro Rossi que «la mala lectura es la consecuencia de la popularidad que alcanzan ciertos géneros. Entre nosotros se reparten los favores –apenas exagero– el libro de texto y el de testimonio. Los dos contribuyen a configurar lo que podríamos llamar la «retórica del texto valioso», la cual codifica las propiedades que debe reunir un trabajo para que sea considerado importante, significativo, comprensible».

Refiriéndose más concretamente al libro de texto añade: «Desde el manualito sombrío hasta el vademécum oleoso, se beneficia de la convicción generalizada de que hay que aprender y, sobre todo, aprender rápido. La pedagogía lo redime y lo presenta como un instrumento necesario e indispensable en la lucha por la educación; si agregamos la creencia de que la educación conduce a un estado superior –sea éste el que fuere–, estaremos a un paso de elevar el libro de texto a los altares ideológicos. Una vez allí, no hay quien lo empañe. Como por definición se dirigen a un público ignorante, es natural que sean simples, poco matizados y frecuentemente dogmáticos. Que en ocasiones sea difícil distinguirlos de un catecismo o de un recetario es algo que sólo asustará a los beatos de la cultura. Quien escribe un libro de texto se convierte en un misionero, un hombre que ha entendido que no es el caso –ahora– de cavilar sobre los misterios de la Trinidad».

Pero lo peor de las influencias de los libros de texto es que «acostumbra al lector a asociar ciertos temas con unos procedimientos estilísticos definidos. Así, los problemas políticos deben tratarse con una prosa didáctica, aséptica e informativa; la virtud suprema es la literalidad y el único adorno tolerado son las citas de los clásicos, esos beneméritos nunca suficientemente leídos. La repetición no es un defecto, sino una vieja sabiduría de aula».

.....

En fin, y termino con esta larga cita, «el lenguaje no es la única víctima. La principal es el lector que ha sido adiestrado en el reconocimiento de unas cuantas fórmulas pobretonas y monótonas. Le han enseñado una retórica escuálida que lo separa a la vez de la estética y de la crítica. Un lector que cae en un mar de perplejidades si el ensayo o el libro se apartan un milímetro del sonsonete habitual; un lector, por consiguiente, que se escandaliza con demasiada facilidad. Un lector a quien le han cerrado muchas puertas. La lectura bárbara a la que está encadenado es, en definitiva, la reducción del lenguaje a registros mínimos y clasificados. Pero un lenguaje amputado corresponde siempre a un pensamiento trunco»<sup>16</sup>.

No pretendo hacer un requerimiento exhaustivo y general contra los libros de texto. Mi intención era sólo concitar la reflexión del profesorado en la influencia sutil y patente de los libros de texto en la configuración mental de los posibles lectores. Si la idea que se tiene de los libros procede en general de la idea que se tiene de los libros de textos en particular, y bien sabemos cuál es la idea que el alumnado tiene de ellos, no es fácil, desde luego, conseguir que el alumnado llegue a tener una idea sublime y positiva de los libros.

Y bien sabemos que, si los libros nada significan en la propia vida, se utilizarán como vulgares objetos, sin miramiento alguno, destrozándolos incluso, especialmente cuando no son nuestros.

Si los libros forman parte de nuestras vidas, nada de ellos nos es ajeno. Ahora bien, ¿cómo pasan los libros a formar parte significativa en la vida de una persona?

Una pregunta tan difícil como compleja de responder. Normalmente, se dice que despertando el interés por los libros desde la infancia. Yo no lo pongo en duda, pero son tantas las responsabilidades que se le endilgan a la infancia que me pregunto por qué no dejamos de ser tan fatalistas y confiamos más en capacidad evolutiva del ser humano. ¿Todo se agota en una edad? ¿Todas las posibilidades del sujeto están determinadas fatalmente desde la infancia?

Si todas las edades son proclives al deseo, ¿por qué no ha de serlo también el de la lectura? ¿Por qué el adulto, que no lee, está perdido para siempre? ¿No es una explicación muy cómoda relegar a la infancia la causa explicativa de la desazón adulta? ¿Es que el adulto no tiene voluntad para autodeterminarse en el mundo de los libros? ¿Como de niños no leyeron!

La adquisición del significado del libro en la propia vida está ligada a fenómenos nada fáciles de determinar, ni, tampoco, es fácil establecer con nitidez sus consecuencias a corto y a largo plazo en la conformación afectiva e intelectual de la persona. Precisamente por lo difícil que resulta concretar todos estos pormenores el discurso de la lectura tendría que ser menos oscurantista, menos transcendental y, por supuesto, menos fundamentalista.

■ 16. A. Rossi, «La lectura bárbara», en *Manual del distraído*, Anagrama, Barcelona, 1997.

## 1. Echando la red de la mirada

Cualquier libro que tomamos en nuestras manos arroja a nuestros ojos un cúmulo de datos y sensaciones sobre los que pasamos sin detenernos ni un segundo. De muchos de ellos ni siquiera sabemos qué significado tienen. ¿Por qué? Porque, quizás, ni siquiera nos hemos fijado en ellos.

Consideremos que leer es una forma privilegiada de estar atento. Que la mirada es el mejor instrumento para el cultivo de la atención. Si nacemos para ver y educamos para mirar, bueno será que miremos con absorta atención cualquier libro de la clase y pronunciemos en voz alta todas aquellas señas de su identidad, más o menos manifiestas, que transportan en sus albardas exteriores e interiores.

Junto al nombre del autor, el título del libro, la editorial, la colección a la que pertenece, caso de que así sea, ¿qué otros conceptos corren simultáneos a la aparición de un libro y están contenidos en él?

Curioso procedimiento. Pronto convertimos la pizarra en una lluvia de términos:

«Margen(es), numeración, papel, dedicatoria, páginas, lomo, final, ilustraciones, año de edición, primera edición, segunda edición, renglones, solapas, precio, tipos de letras distintos, capítulos, epílogo, prólogo, prefacio, foto del autor, nota a pie de página, tintas diferentes, fe de erratas, introducción, impresor, talleres gráficos, imprenta, mapas, cubiertas, índice, copyright, ISBN, sinopsis, librería, titulillo, nota del traductor, índice, fajines, ex libris, ilustrador, ciudad de la edición, foto del autor, código de barras».

Todas estas palabras fueron rescatadas de una legañada atenta de una porción de libros que circulaban en el aula. Muchas de ellas fueron reconocidas de inmediato. Otras, por el contrario, resultaron ser de una novedad insolente.

¿Qué hacer con este conjunto de vocablos? Ponerlo en movimiento. ¿De qué modo?

## 2. El libro en movimiento

### ■ El significante

Lo primero que hicimos fue examinar cada palabra en su significante desnudo. Escribir dichos conceptos sobre folios inmaculados. Sin ningún error ortográfico. Después, pronunciarlos en voz alta como si fuese la última vez que los fuéramos a escuchar. Sin estridencias y con respeto. Como si cada uno de ellos fuese el título que nos abriese la puerta a un secreto.

.....

Abstraer una palabra de un conjunto, aislarla y ponerla al descubierto, es una experiencia insólita. Pronuncias en voz alta esa palabra durante unos minutos y algo extraño sucede en el cerebro. Tienes la prístina sensación de haberla descubierto por primera vez en tu vida, aunque la estés usando de forma continua: Título. TÍTULO. Título. **Título.** Título.

Hacedlo en todos los tonos posibles de la voz. Acercádoos a un punto y alejádoos del mismo.

Comprobaremos que una sencilla palabra recobra sin más unas reverberaciones en la memoria hasta la fecha desconocidas.

### ■ Caligrama del ISBN y del copyright

Se propuso reproducir en envase de caligrama lo que se creía que (nos) decían. Todo el mundo asumió su responsabilidad y dibujó como pudo el dictado de su imaginación más o menos analógica.

¿Cómo hacer el caligrama de un margen? ¿Y del *copyright*? ¿Y del ISBN? Pues, a veces, de ninguna manera. Porque la creatividad no está al alcance de cualquiera, y, menos aún, si pertenece a un niño.

La creatividad precisa de un cultivo, como el mejillón y el percebe. Y si no hay vientos favorables para su desarrollo, tú di lo que quieras, pero la creatividad no es un don innato. O, si lo es, lo debe ser en estado bruto, muy bruto. Por tanto, es necesario pulirlo mediante un sistema de ocurrencias. La creatividad no se desarrolla, si no se cultiva. Y siempre partiendo de algo concreto o abstracto, pero de algo. Porque nadie crea desde la nada.

Si el caligrama no funciona, refugiémonos en otros silencios ortográficos casi olvidados por la institución educativa. A nadie le amargaré el dulce de pintar en lienzos papel estraza estas palabras para llamar la atención, para atraer la mirada de tanto observador inatento.

Así de sencillo: dedicar el tiempo a escribir una palabra con todo el mimo del mundo. Qué tontería, ¿verdad? Experimentadlo, y después hablad con conocimiento de la cosa, que la causa seguro que la sabes. Pues la gente se sabe mejor la refutación que la teoría misma.

## ■ Ahora, el significado

Buscar en diccionarios y enciclopedias el sentido de tales significantes. Algunos producen curiosas sorpresas, por ejemplo caer en la cuenta de que la palabra margen es un nombre tan ambiguo que sirve tanto para un descosido masculino como para una factura femenina, o viceversa:

- **Sinopsis.** Disposición gráfica que muestra o representa cosas relacionadas entre sí, facilitando su visión de conjunto; esquema. Exposición general de una materia o asunto presentados en sus líneas esenciales. Sumario o resumen.
- **Guarda.** Cualquiera de las dos hojas en blanco que ponen los encuadernadores al principio y al fin de los libros.
- **Margen.** Extremidad y orilla de una cosa. Margen del río, del campo. Espacio que queda en blanco a cada uno de los cuatro lados de una página manuscrita, impresa, grabada, etc., y, más particularmente, el de la derecha o el de la izquierda. Locuciones: *Al margen:* se emplea para indicar que una persona o cosa no tiene intervención en el asunto de que se trata. *A media margen:* con espacio en blanco que comprenda la mitad longitudinal de la plana impresa o manuscrita. *Andarse por las márgenes:* andarse por las ramas. *Margenar:* poner acotaciones o apostillas al margen del texto. Dejar márgenes.
- **Solapo, solapa, solape.** De *so* y el latín *lapis*, losa. Parte de una cosa que queda a cubierta por otra como las tejas del tejado. *Solapar:* poner solapas a los vestidos. *De forma solapada:* dicese de la persona que por costumbre oculta maliciosa y cautelosamente su pensamiento. *Solapa* (de solape): parte del vestido, correspondiente al pecho y que suele ir doblada hacia fuera sobre la misma prenda de vestir. Prolongación lateral de la cubierta o camisa de un libro, que se dobla hacia adentro y en la que se imprimen algunas advertencias o anuncios.
- **Titulillos.** Renglón que se pone en la parte superior de la página impresa para indicar la materia de que se trata. Existe la expresión *andar en titulillos* con el significado de «reparar en cosas de poca importancia, en materia de cortesía u otras semejantes».

## ■ Diálogo de besugos

Entablar un diálogo con tales palabras. Para ello, los alumnos necesitan meterse en sus pellejos. Personificarlas, para hacer su alabanza y su menosprecio; para mostrar su función y su necesidad.

El depósito legal, por ejemplo. Nadie repara en él. Y, sin embargo, cuán importante resulta. Especialmente cuando dos personas litigan acerca de la propiedad y originalidad de un texto.

.....

El diálogo entablado puede adquirir la naturaleza teleóstea y acantopterigia que, como sabe el que lo sabe, es la del besugo. Cada cual es mucho quien y nadie puede quitarte el quid de tu boca. El otro que diga misa, que tú dirás rosario. Oyes al compañero desgranar la aventura conceptual de *margin*, pero no le escuchas ni un acento, porque estás tan inmerso en desarrollar la palabra *título* que no reparas ni paras en mientes. Grabado este guión, propio de Ionesco, se pone en bonito y se le añade la salsa que los comensales deseen. Veamos algunos monólogos después de haberlos triturado mediante la *inútil* sintaxis y ortografía correspondiente.

- **Nota a pie de página**<sup>17</sup>. Me he buscado en una enciclopedia y no me he encontrado. Me habría gustado saber por qué me llaman así y quién inventó por primera vez esta expresión. Porque, puestos a nombrarme, también podrían haberme llamado nota a mano de página o a dedo de página. El hecho de que me llamen así significa que la página guarda cierta analogía con el cuerpo humano. Como los pies respecto al cuerpo, yo estoy debajo de la página. La página, como la persona, tiene pies; en este caso, yo, la nota que se pone a pie de página. ¿Dónde estarán las manos, y la cabeza, y el tronco de la página? Seguro que el autor de este libro lo sabrá.
- **Autor**. Algunos dicen que el lector es lo más importante, pero es mentira. Al lector lo creamos los autores. Por eso se dice que los autores tenemos los lectores que nos hemos fabricado a la medida de nuestros textos. El lector no crea nada, ni añade nada al texto. En todo caso se añadirá a él mismo gracias a lo que ha leído, pero no al revés. El autor no recibe directamente nada de los lectores. El autor, que soy yo, es lo más importante de los libros. Sin autor no hay lector. Ni librerías, ni editoriales, ni bibliotecas, ni críticos.
- **Páginas**. Quienes no son páginas desconocen la amargura que, con frecuencia, nos invade, cuando algunos críticos afirman que algunas de nosotras sobramos de no sé qué libros. Eso es muy fácil decirlo, pero no demostrarlo. ¿Qué padre o madre de familia numerosa soportaría que alguien les dijera que el hijo tercero está de más en el núcleo familiar? ¡Lo correrían a boinazos! Y con razón. Desengañémonos. Todas las páginas que escribe un autor son necesarias para el autor.

### ■ **Diálogo surrealista**

Cada alumno se identifica con una palabra que le toca por sorteo. Nadie sabe qué palabra tiene el resto de los compañeros. Se establece un orden en la intervención. El primero que lo hace escribe su monólogo y lo pasa al segundo dejando al descubierto las dos frases últimas o la última de dicho texto. Veamos:

- **Prólogo**. Menuda tarea me han encomendado. No podía haberme tocado peor. Es que a mí siempre se me ha dado muy mal presentar a nadie. ¡Soy hasta incapaz de presentarme a mí mismo! Es que resulta muy difícil hacerlo bien. ¡Es tan fácil meter la pata! Y si la metes, luego las culpas son para ti. Y con razón. Porque decías esto y
-

aquello y luego resulta que de eso nada de nada. Es una responsabilidad muy fuerte. Creo definitivamente que no deberíamos existir. Sólo servimos para desorientar.

- **Errata.** La verdad es que me lo has puesto al pelo, como suele decirse. Así es: No deberíamos existir. Pero existimos. Y, a decir verdad, gozamos de una excelente salud. No hay libro en el mundo donde no hagamos acto de presencia. Quieran o no lo quieran, somos la prueba perfecta de que el hombre es un ser imperfecto. Todo lo que hace presenta siempre alguna muesca, alguna fisura, algún rasguño. Nunca dejaremos de existir; algo que debemos agradecer a la rara perfección del ser humano.
- **Márgenes.** No sé de qué vas en tu intervención, pero, en mi caso, no estoy seguro de existir para siempre. Cada día que pasa tenemos menos márgenes de maniobra. Cada vez más nos dan menos aire, menos espacio. Yo, en un último libro que aparecí, casi me asfixio por la parte izquierda; por la superior y por la inferior, para qué contar. ¡Qué escándalo! Era imposible asomar la cabeza. Y mira que somos necesarios para que la vista no se sienta invadida por tanta desmesura y espesura. Cada vez más hacen los libros con menos márgenes. Esto es un síntoma de la época. Os lo digo yo, que vivo en ellos.
- **Tinta.** Así es, margen querido o querida, como gustes. ¿Y sabes quién lo paga de verdad? La tinta. Nos usan sin ningún tipo de delicadeza. Otra cosa eran antes los tipógrafos. Ahora, no. El artesano ha pasado a mejor vida. Las tintas vamos y venimos escocidas de un lado para otro. El otro día vi a un niño que, después de pasar una hoja, y otra y otra, se pringó la cara toda de negro. ¿Y sabes a quién le echó la culpa? A la tinta. ¡Como si nosotras tuviéramos voluntad alguna en esta historia!
- **Numeración.** En una página vi una vez esta frase: lo contrario de hablar no es escuchar, sino esperar. Bien. He esperado mi turno y compruebo, una vez más, que la palabra culpa aparece en mi camino. ¿Por qué? ¿Para qué? Por ignorancia. Para vengarse de no gozar de la posibilidad de haber elegido lo que se quiere ser. ¿Quién me pidió a mí que fuera el orden inexpugnable de la página? Nadie. Me lo endilgaron y, ¡hala!, a correr millas de páginas. Los hombres nos han inventado para olvidarse de su propio orden interior. ¡Es tan cómodo seguir el camino señalado!
- **Portada**<sup>18</sup>. Especialmente el de la portada... Y sin embargo... ¿A quién conoces tú que se pare en seco delante de mí y me observe como quien ve por primera vez el mar o una habitación cuyas vigas están pintadas de azul? Llevo años en este oficio y son contados los casos de aquellas personas que me toman en consideración. La mayoría de los lectores apenas si detienen su pupila en mi rostro. Total, que estás en primera línea ¿y para qué? Para sacarte los colores de la ambigüedad, de la desproporción, de la desconexión, del despropósito del color.

■17. A propósito de este término, Nabokov sugería que la vida de los hombres es una serie de notas a pie de página de una vasta y oscura obra maestra inconclusa. Lo recuerda Félix de Azúa en *Lecturas compulsivas. Una invitación*, Anagrama, Barcelona, 1998.

■18. Todos estos conceptos pueden encontrarse en el ya citado Diccionario de bibliología, de Martínez de Sousa.

.....

### 3. Metamorfosis del libro

Vamos a imaginar que somos un elemento determinado de un libro. Estamos contentos y satisfechos de serlo, pero, como suele suceder en la vida, no lo estamos de modo definitivo. Por eso, decidimos convertirnos en otro elemento del libro.

A la hora de contar esa transformación, se seguirá una misma estructura expositiva y conviene que se respete, porque, como tal estructura, viene muy bien a la hora de hablar y de escribir historias o argumentos varios.

De lo que se trata es usar y respetar bien la estructura formal que se ofrece como punto de partida de la confesión:

*«yo soy un (se enumera lo que es uno) y me gusta serlo,  
porque (se enumeran las razones que llevan a uno a estar satisfecho de lo que es),  
pero me disgusta ser (se enumera lo que uno es)  
ya que o porque o pues (se enumeran las razones que llevan a uno estar conforme con lo que uno es),  
en consecuencia, o por tanto, o así que, o por todo lo dicho, o por consiguiente me gustaría ser (se enumera lo que a uno le gustaría ser)».*

Otro compañero recoge el testigo y sigue con la misma estrofa. Así hasta que todos los miembros del aula cuentan su metamorfosis.

- 1. YO SOY UN...
- 2. ME GUSTA SERLO PORQUE...
- 3. PERO ME DISGUSTA SERLO, PORQUE...
- 4. EN CONSECUENCIA, O POR TANTO, ME GUSTARÍA SER...

Esta actividad puede adquirir múltiples formas de llevarse a cabo. Intentaré precisar alguna de ellas.

Para empezar, digamos que el objeto/sujeto «X» puede ser de muy diversa naturaleza. Los que más juego nos han dado son los siguientes:

- **Elementos de un libro**
- **Al habla los autores de los libros**
- **Personajes de la literatura universal**

## ■ Elementos de un libro

Condición indispensable para llevar a cabo la actividad es hacer una recopilación de los distintos y variados elementos que constituyen los ingredientes claves de ese objeto llamado libro. Para ello, como quedó dicho, es necesario tomar entre las manos algunos de los libros que haya en el aula, y si no los hay, en la biblioteca. De esa directa y atenta observación, el alumnado obtendrá el máximo posible de elementos que están en los libros, sea de modo patente o implícitamente. Al final de ese recorrido, se dispondrá, *mutatis mutandis*, de este cargamento conceptual (que ya vimos anteriormente):

«Margen(es), numeración, papel, dedicatoria, páginas, lomo, final, ilustraciones, año de edición, primera edición, segunda edición, renglones, solapas, precio, tipos de letras distintos, capítulos, epílogo, prólogo, prefacio, foto del autor, nota a pie de página, tintas diferentes, fe de erratas, introducción, impresor, talleres gráficos, imprenta, mapas, cubiertas, índice, copyright, ISBN, sinopsis, librería, titulillo, nota del traductor, índice, ilustrador, ciudad de la edición, foto del autor, código de barras, fragmentos, puntos, comas, puntos aparte, punto final, interrogaciones, etcétera».

Una vez que nos hayamos apoderado de estos significantes, conviene hacerlo también de sus significados. Para ello será imprescindible buscarlos en distintas fuentes al alcance del alumnado: diccionarios y enciclopedias. Recogida esta información, ha llegado el momento de darle una forma concreta y precisa para hacerla llegar a los demás. ¿Cómo? Caben dos posibilidades: de modo individual y por parejas.

## ■ Modelo individual

Cada alumno tendrá que aguantar su propia vela discursiva e iluminar a los demás con su fluidez verbal más o menos elaborada. Digo más o menos elaborada porque se puede dar un tiempo más que suficiente, abundante, para que cada alumno —una vez elegido el elemento del libro que quiere interpretar— prepare su intervención. El primero en abrir la veda será el propio **libro**, que dicho cometido bien pudiera recaer en la figura del enseñante o del bibliotecario.

- Yo soy el **libro**. Me siento orgulloso de serlo. Pocas cosas habrá en nuestro mundo que hayan influido tanto en la vida de los hombres. Soy importante, necesario e imprescindible para muchas personas. Pero tanta importancia me hace perder la cabeza, tanto que muchas veces me obnubila y ya no sé quién soy. Por eso, me gustaría convertirme en un sencillo y apacible margen.
- Estupendo. Yo soy, queridos amigos, el **margen** del libro. No os podéis imaginar lo feliz que me siento marcando el terreno en que deben colocarse las letras y los párrafos de todos los libros, porque hay mucha gente desorientada y el orden, aunque sea impuesto, le viene muy bien. Es una sensación de poder muy agradable. Sin

.....

embargo, hay días y momentos, en que no me gusta ser margen. Ser siempre lo mismo es una lata. Además, en ocasiones he observado que ciertos fragmentos me miran de muy malos modos. Por tanto, me gustaría ser una **segunda edición**.

- En efecto. Mírenme bien: soy la **segunda edición**. Me costó mucho hacerme presente en esta vida, exactamente siete años, pero aquí estoy. No sé qué sintió mi hermana gemela al venir por primera vez al mundo, pero yo estoy que alucino. Todo el mundo me conoce, sabe de mí y están felices de verme de nuevo. Y este detalle me mosquea un poco. ¿Me quieren a mí o a mi hermana gemela? No sé, pero por si las moscas me gustaría ser más independiente. Quisiera convertirme en el **papel** que da lecho a la tinta.
- Soy el **papel** y vosotros seguro que no lo sabéis, pero tengo más de dos mil años de historia a mis espaldas. Me inventaron los chinos en el año 105 antes de Cristo. Así que es para sentirme bien contenta y orgullosa de ser ese fieltro más o menos poroso donde se fijan las letras y los dibujos de los artistas. Ser papel es una delicia, pero también muy duro. Tengo que soportarlo todo. Y llevo así dos mil años. Así que, ya que tengo la oportunidad de ser otro, me pido el **depósito legal**.

Así seguiríamos, hasta que todos los alumnos terminen de ofrecernos su intervención individual.

### ■ Modelo por parejas

Ahora las intervenciones serán por parejas. Y, lógicamente, adquirirán la modalidad del diálogo. Requiere, como en la actividad interior, una elaboración cuidadosa de dichas intervenciones. Exigirá un trabajo detallado del diálogo, ya que la intervención será un toma y daca entre dos.

Cada pareja tendrá que representar la parte positiva como negativa de ser lo que son y, a continuación, expresar lo que les gustaría ser.

Como en el caso anterior, toda la información buscada y encontrada en relación con los elementos del libro se reelaborará con el fin de ofrecerla en formato de diálogo.

Algunos ejemplos:

#### ■ *Libro quiere ser ilustrador*

- Esto de ser libro es alucinante, amigo.
  - Sí, pero no te excites tanto.
  - ¿Qué quieres decir?
  - Que seremos el libro, pero no sabemos qué libro somos en realidad. ¿De texto, de informática, de poesía, de matemáticas?
-

- Somos el libro y eso basta. Somos el tesoro de la humanidad.
- Yo me conformaría con ser una hucha pequeñita. Recuerda que se nos achacan cantidad de tragedias y barbaridades en el mundo.
- Eso es porque no saben leernos bien.
- Tú siempre tan optimista.
- ¡Y a ti cómo se nota que eres un escéptico!
- Oye, y hablando de deseos, ¿no te gustaría convertirte en algo distinto, en algo que pasara por la vida sin llamar la atención de tanta gente, excepto de las personas sensibles?
- Pues sí. ¿Y has pensado en alguien concreto?
- Sí, claro.
- ¿En quién?
- ¿No te gustaría convertirte en ilustrador de libros infantiles?
- ¡Fantástico! ¡Siempre fue mi deseo oculto!».

■ *Ilustrador se transforma en ilustración*

- Esto es otra cosa, ¿eh, amigo?
- Ya lo creo. ¿Has visto la cara del último niño que puso su mirada en nuestros dibujos?
- Era la perfecta felicidad.
- ¿Y viste a su madre cómo miraba la cara de su hijo?
- Y todo eso, gracias a nosotros.
- ¿A nosotros?
- Claro.
- Pues yo no lo veo tan claro. El niño no nos veía a nosotros; sólo veía nuestras ilustraciones, pero dudo que pensara en ti o en mí.
- ¡Mira que eres retorcido!
- Piensa que, cuando hablan de los libros, casi nadie se acuerda de nosotros. Las ilustraciones serán muy bonitas y todas esas cursiladas que dicen de ellas, pero de nosotros, ¿qué dicen? Nada.
- ¿Qué propones?
- No sé, pero me gustaría que nos transformáramos en aquello que dibujamos.
- ¿Ilustraciones? ¿No será peligroso?
- Siempre tendremos ocasión de volver a ser el que fuimos.

■ *Ilustración se convierte en punto final*

- Para nada me esperaba yo que fuera tan apasionante ser la ilustración de un libro. Somos como la parada y fonda de la lectura. No hay niño o niña que no se detenga en nosotros. Somos la salsa de los libros, lo que les da condimento y esencia. Muchos niños sin nosotros no sabrían qué están leyendo. ¿A que sí?
- Sí, pero no te pongas tan chulo. Porque a veces, como ocurre en la ilustración de la página veintiocho del último libro en que aparecimos, en lugar de aclarar confundimos al lector. El último niño que pasó por esta página no hacía más que fruncir el ceño.

.....

- La culpa no es nuestra, sino del ilustrador.
- Siempre echas la culpa a los demás. La culpa fue tuya, porque, cuando te dibujaban, no paraste de moverte y así el lector no sabe muy bien si sonríes o estás que trinas.
- Está bien. Demos punto final a la conversación.
- Lo que has dicho me ha dado una idea.
- Te temo.
- ¿No te gustaría convertirte en punto final?
- ¿Y eso no suena a muerte definitiva?
- No. Acuérdate de que, mientras exista el deseo de cambiar, seguiremos viviendo.
- Adelante, pues.
  
- *Punto final se transforma en fragmento*
  
- ¿Tú qué eres, punto o final?
- Las dos cosas.
- ¿Eso es posible?
- Basta con quererlo.
- ¿Y qué somos en realidad?
- La coronación de la obra. El momento en que alguien ya puede descansar.
- ¿Y eso es bueno o malo?
- ¿Por qué tienes que mirarlo desde ese punto de vista?
- ¿Has dicho «punto de vista»? ¿Este punto es pariente del punto final?
- No lo sé. Pero estoy comprobando que no te sienta nada bien ser punto, y final menos.
- Bueno, al menos podré hablar de ello, puesto que lo fui durante un tiempo. Pero, tienes razón, amigo punto. Mientras no llega el final todo es estupendo, hay vida, movimiento, ebullición, pero en cuanto se pone el punto final, ¡plaf!, dejamos de ser. Y otra cosa: ¿alguien ve algo en el punto final? ¿Ve más allá del punto final?
- Déjalo, amigo, pero me temo que tengas razón: los lectores no se fijan mucho en nosotros. ¿Te gustaría ser un fragmento?
- ¿De qué? ¿Poético, novelesco, argumentativo?
- Fragmento, sin más.
- Sea.

Esta actividad se presta a realizar una representación teatral o dramática. Podría titularse *Las veinte metamorfosis del libro*.

Cada pareja tendría que elaborar un disfraz acorde con su naturaleza. Y ello supondría un trabajo interdisciplinar, donde tendrían mucho que decir la plástica, la pretecnología, la música y, por supuesto, la psicomotricidad.

## ■ Al habla los autores de los libros

Siguiendo con la misma intención que en las actividades anteriores, tomamos ahora como pretexto de las mismas la figura del autor. Ya es sabido que sin ellos la obra, el libro, sería humo de barco. Pero tampoco queremos caer en la fácil y sumisa idolatría o adoración, ya que no sabemos en qué medida los escritores son necesarios para la sociedad. R. Musil se lo preguntaba a principios de siglo y no halló respuesta satisfactoria. Y, sobre todo, porque ¿«el estado de admiración es un estado debilidad mental»?<sup>19</sup> Pues pudiera ser que pudiera.

¿Y de qué autores vamos a hablar? Nos interesan todo tipo de escritores, de todas las épocas y lugares, buenos y malos, crueles y piadosos, asesinos y santos, difíciles y sencillos, lúcidos y torpes, superficiales y profundos, guapos y feos, hombres y mujeres.

Para confeccionar una lista tan tolerante y tan mestiza como ésa, el mejor sistema es pedir al alumnado los nombres de escritores que, a lo largo de su vida, se les han ido pegando al paladar de la memoria. No importa que no hayan leído alguno de sus libros. Lo importante, ahora, es el nombre. Cuantos más, mejor. Así que se abre la veda:

«Cervantes, Shakespeare, Perrault, Carroll, Swift, Quevedo, Homero, Cela, Defoe, Andersen, Lovecraft, Chaucer, Lucanor, Rodari, Madame d'Aulnoy, Le Prince de Beaumont, Borges, Boccaccio, Valera, Mark Twain, Cernuda, Unamuno, Baroja, Gabriela Mistral, Fernán Caballero, Galdós, Gisbert, Pilar Mateos, Jesús Ferrero, Verne, Conrad, Stevenson, Salgari, Dumas, London, Poe, Wells, Scott, Fenimore Cooper, Atxaga, Bierce, Quiroga, Grimm, Collodi, Machado, Neruda, Sierra i Fabra, Seve Calleja, Gripe, Agustín Fernández Paz, Consuelo Armijo, Nöstlinger...».

El siguiente paso es que cada alumno elija al escritor que más interés despierte en su inteligencia y en su corazón por las razones que sea. Aunque es mejor que cada persona se centre en un solo escritor, no será motivo de dialéctica el que un escritor sea elegido al mismo tiempo por dos alumnos. El proceso se encargará de delimitar claramente a cada uno de ellos. No obstante, es preferible que la relación escritor y alumno sea única y diferente. De este modo, la clase siempre tendrá más posibilidades de conocer detalles de más autores.

Como ya he dicho antes, no se trata de elevar a los altares de la adoración a estos autores, en detrimento de la lectura de sus obras. En realidad, lo que aquí se propone es buscar —mediante la lectura— información variada y contrastada de estos escritores, de sus vidas, de sus quehaceres cotidianos, de sus itinerarios como escritores, de sus fracasos, de sus éxitos, de su periplo vital, para ir a continuación a sus libros. Y, desde luego, no se trata sin más de copiar como descosidos dicha información de enciclopedias e historias de la literatura. La cosa exige más tute a la meninge.

■19. T. Bernhard, *Maestros Antiguos*, Alianza Tres, Madrid, 1990.

.....

- Primero se recoge esa información. A continuación, con la ayuda inestimable del profesorado, se purgan dichos datos siguiendo el criterio de la sorpresa. Es decir, que de todos los datos posibles que tengamos de dichos escritores nos quedemos únicamente con aquellos que nos causaron cierta perplejidad, cierto asombro. A continuación se trata de traducirlos a un lenguaje que todos puedan entender, especialmente el encargado de reelaborar dicha información. Pues ya es sabido que el alumnado no entiende muchas de las informaciones que copia. Y tampoco es necesario que el alumnado refrote al resto de sus compañeros, como si estuviera recitando una letanía, la lista de libros que escribió el autor correspondiente.
- Segundo. Es cuestión de elaborar esa información para presentarla a los compañeros. En este caso, el cauce estilístico de la misma será el del monólogo impuro y suave. El escritor hablará en primera persona y tratará de desarrollar una sencilla biografía de su vida, basada, obviamente, en los datos registrados en la consulta de diccionarios, revistas, enciclopedias y libros de texto. Y, si preciso fuera, internet.
- Tercero. Es el momento de presentar ante los compañeros dicha información. Como en el ejercicio anterior, se puede realizar una representación teatral más o menos convenida y elaborada. Para ello, el alumnado se disfrazará para la ocasión. Será necesario, por tanto, investigar el vestuario de ciertas épocas, pero sin pasarse.

Ejemplos.

**Charles Perrault.** Seguro que mi nombre no os dirá nada y que más de uno me confundirá con un perro callejero. Soy francés. Y, aunque no lo sepáis, soy el padre de Caperucita Roja, esa niña que se hizo tan famosa que ha conseguido eclipsar mi propio nombre. Pero no importa. Yo nací en París en 1628. Éramos siete hermanos, aunque dos se murieron muy tempranamente. Mi padre era abogado en el Parlamento. Con ello quiero decir que mi familia estaba bien situada económica y socialmente. Pero, quizás, lo que más os convenga saber es que no aprendí a leer hasta bien cumplidos los diez años, pero una vez que lo hice, lo hice toda la vida. Terminé la carrera de abogado en 1651 y casi toda mi vida, trabajé al servicio de Colbert, que era ministro, como inspector de Obras del Rey. Me casé a los cuarenta y cuatro años con Marie Guichon, que tenía diecinueve. Tuvimos tres hijos. En fin, tengo que deciros que si no hubiera escrito *Cuentos de antaño*, ahora nadie se acordaría de mí. Hubiera pasado a la historia como un hábil cortesano que también sabía hacer versos, pero nada más. Respecto a los cuentos, alguien dijo que los recopiló y escribió mi hijo Pierre. ¿Qué decir? Nada, que se trata de una polémica en la que, a estas alturas, yo ni entro ni salgo. En realidad, todos los cuentos que escribí ya habían sido contados, excepto *Caperucita*, que, curiosamente, es un cuento que acaba mal. ¿Por qué? Porque la maldad debe ser castigada y la virtud recompensada, ¿no creen?

**Jonathan Swift.** Mi nombre es Jonathan Swift. Escribí muchos libros, pero ninguno tan famoso como *Los viajes de Gulliver*. ¿Lo habéis leído? Sospecho que no. No voy a deciros que lo lamento, porque no estoy muy seguro de que con esos gustos modernos de

hoy, os vaya a gustar. Pero sería bueno que lo intentarais. También quisiera pedirle a vuestro profesor que os hable de dos libros míos: *La batalla de los libros* y *Modesta proposición*. Son dos libros distintos, pero algunas páginas del primero os pueden ayudar a entrar en los libros como conviene, por la puerta principal; y, en cuanto al segundo de los libros, en mi tiempo me trataron de loco por haberlo escrito. Acabaron metiéndome en un manicomio. Sería estupendo que os lo leyera vuestro profesor y tratara de haceros ver que se trata de una defensa de la infancia como nunca se escribió.

**A. Fernández Paz.** Soy un escritor que nací y me crié en Galicia. Escribo libros para jóvenes de vuestra edad, pero no tengo nada claro que mis libros sean únicamente para vosotros. Es que yo no creo que la literatura tenga límites fijados y que haya que clasificarlos por edades o por niveles de dificultad. De mis libros os recomiendo *Cuentos por palabras*. Estoy convencido de que no sólo lo pasaréis bien leyéndolo, sino que, también, os enseñará a escribir mejor y a saber utilizar los anuncios que vienen en los periódicos como argumentos de vuestros cuentos.

**Bernardo Atxaga.** Quizás no sepáis que mi nombre verdadero es Joseba Irazu y que Bernardo Atxaga es mi seudónimo. Ultimamente he estado tentado de volver a firmar los libros que escribo con mi verdadero nombre, pero he desistido del intento. ¿Por qué? Lo que está bien hecho, no conviene cambiarlo. Soy un enamorado del euskara y de la tradición oral. Mis libros los escribo primero en euskara, y luego los traduzco al castellano. Me gusta escribir con sencillez, algo que conviene no confundir con simpleza. Antes os he dicho que la tradición oral me chifla. Así es. Tanto que una de mis convicciones favoritas es que el escritor moderno lo único que hace es contar de distinta manera –y a veces peor– lo que ya escribieron y contaron los escritores antiguos. Por eso suelo decir que la literatura es un intercambio de voces entre antiguos y modernos, y que no hay que hacerse el chulo porque uno sea un escritor famoso.

**Hans Cristian Andersen.** Nací en 1805 en Odense, capital de la isla de Fyn, Dinamarca. Mi padre era zapatero y un gran lector. Gracias a él descubrí mi afición por la literatura. Mi madre era una persona inculta, pero con un gran corazón. Los primeros cuentos y supersticiones los escuché a mi abuela y a algunas ancianas de mi pueblo. Seguro que no lo sabéis, pero yo no quería ser escritor y, menos aún, escritor de cuentos. Yo, lo que quería, era ser cantante y actor, pero al llegar la adolescencia mi voz cambió y mis sueños se esfumaron. Reconozco que me molesta que sólo me conozcan como escritor de cuentos infantiles olvidando que escribí teatro, novela, poesía y libros de viajes. En la editorial Alianza Editorial, se puede leer mi *Viaje por España*. Mi primer cuadernillo de cuentos apareció en 1835. Tenía, entonces, treinta años, me hice amigo de Dickens y alcancé fama por mi extraordinaria habilidad para leer en voz alta mis cuentos. En 1866, recibí el título honorífico de Consejero del Estado del Rey y me nombraron hijo predilecto de la ciudad. Todo un honor, pero yo no estaba del todo feliz. Nunca lo fui. La gente me considera un hombre simpático y afable, pero reconozco que no lo fui nunca. ¿Por qué? Porque no triunfé en lo que siempre quise ser y sí en un género en el que me había iniciado por casualidad. Tampoco me casé, a pesar de estar locamente enamorado de una cantante llamada Jenny Lind. En definitiva,

.....

nunca conseguí lo que verdaderamente deseaba. Antes de terminar, os recordaré mis cuentos más famosos: *El valiente soldadito de plomo*, *La pequeña cerillera* y *El traje nuevo del emperador*, cuyo origen está en un cuento español. Un cáncer de hígado me llevó a la tumba en 1875. En ella me hubiera gustado que se escribiera: «Todos los medios son buenos para alcanzar fines buenos».

Y así, hasta agotar las existencias de los autores elegidos.

## ■ Personajes de la literatura universal

En primer lugar, es conveniente que el alumnado haga una recopilación de todos aquellos nombres de personajes que, por cualquier razón y sentimiento, siguen intactos en su memoria. Su procedencia literaria es lo de menos. Sirven todos. Sin excepción. De la literatura denominada infantil y juvenil, cuentos del folclore y de la novela tradicional y modernísima. Mediante esta recuperación ahondaremos más si cabe en la inclinación positiva hacia los libros.

Caperucita, Pulgarcito, Hansel y Gretel, Patito Feo, Don Quijote, Sancho Panza, Cenicienta, Lobo Feroz, Barba Azul, Pinocho, Sirenita, Simbad el Marino, Blancanieves, Ogro, Ratón Perez, Robinson, Gulliver, Gato con Botas, Peter Pan, Aladino, Los Tres Cerditos, Lazarillo, Sandokan, Pocahontas, Sissi, Ali Babá, Romeo y Julieta, Fortunata y Jacinta, D´Artagnan, Phileas Fogg.

Con toda probabilidad, muchos de estos nombres giran y giran en la memoria, manteniendo la impronta primera de la infancia. Pero, quizás, recordemos más al que nosotros fuimos y sus circunstancias vitales que las peripecias, aventuras y características físicas y psicológicas de los personajes. De ahí que para llevar a cabo esta actividad sea necesario releer aquellos textos que, por diversas razones, llegaron a tocarnos el magro de la inteligencia emocional.

Lo primero es elegir al personaje al que nos gustaría dar vida a través de un monólogo más o menos breve, pero intenso.

Lo segundo es leer el cuento o el texto en que nuestro personaje elegido aparece como principal motor de las acciones que se suceden en la historia.

Y, una vez metidos en esa lectura, es del todo necesario recuperar algunas de sus características: ¿Cómo son? ¿Qué tienen? ¿Qué hacen?

Muchas de estas características aparecen enunciadas de modo directo en el texto; otras no, que deberán ser deducidas del comportamiento del personaje en cuestión. Es posible que el autor nos diga lo que hacen tales personajes, pero nada de cómo son psicológica o éticamente. El lector tendrá, como digo, que deducirlo.

Al final de esta lectura, el alumnado tendrá en su haber un apretado resumen de cómo es su personaje al que, a posteriori y siguiendo tales indicaciones, dará vida imaginaria. Si existe parte del alumnado que no necesita volver a las fuentes literarias para elaborar el retrato de su personaje, convengamos en que así sea. De este modo tendremos la posibilidad de comparar su trabajo con el del resto de sus compañeros. No para comprobar sus deficiencias, que de todo habrá, sino para evidenciar algo más sutil: lo curioso que resulta leer textos originales de ciertos cuentos que, hasta la fecha, sólo nos llegaron por vía oral. Por ejemplo, la versión original de Caperucita en Perrault deja sobrecogido a más de un alumno, quien, en el colmo de su perplejidad, llegará a sostener que el cuento de Perrault «no es así» o «no es verdadero».

Se aconseja que el alumnado escriba sus intervenciones y, si son breves, que se las aprenda de memoria. Al fin y al cabo, es un texto de producción propia. De este modo, además de engrasar un poco sus neuronas, dominará mejor su texto.

Veamos algunos ejemplos:

**Lobo feroz.** Desde que monsieur Perrault me creó, mi mala fama ha crecido de modo terrible. La mía y la de mis congéneres de especie. Nos muestran crueles, astutos y malos. Pero ¿lo somos? En realidad, ¿qué hacemos? Limitarnos como cualquier otro bicho a subsistir en un mundo que cada vez nos da menos posibilidades. A mí ya me gustaría ser vegetariano, pero, ¡qué le vamos a hacer!, llevo en los genes mi inclinación carnívora. Y ustedes no me podrán negar que una niña, recién estrenada la pubertad, está pero que muy tierna. Y otra cosa. La caperuza de aquella niña, que fue mi perdición, estaba hecha con piel de uno de mis lobeznos. Las cosas como son. Es verdad que Perrault se portó muy bien conmigo, pero no lo dijo todo.

**Robinson Crusoe.** No sé si mi historia, que mi padre literario Daniel Defoe copió de un caso verídico, les servirá de algo. Para empezar, no sé si les apasiona el mar y la búsqueda obstinada de aventuras y de negocios. Si no es así, no creo que les seduzca la historia de un tipo que transcurre parte de su vida más solo que una ostra en una isla. La verdad es que es de un aburrido total. No se lo recomiendo a nadie. No dispuse ni de unas cartas para echar un solitario. Sólo una Biblia y cuatro baratijas que rescaté del naufragio del barco donde navegaba. Reconozco que fui un tipo con suerte. Y fue la naturaleza la que me hizo ser fuerte. Nada más. Y lo mejor de mi historia es que, gracias a ella, se escribieron historias de robinsones y robinsonas de todo tipo. Pero no hagan caso. La verdadera es la mía: la historia de una supervivencia cantada.

**Quijote.** Soy, con seguridad, el personaje literario que más citan y menos han leído. Dicen de mí unas cosas que cada vez que las oigo me crujen las vértebras. Yo no me volví loco por leer libros de caballería. No hagan caso a esa perfidia. Cervantes me dijo más de una vez que los cuerdos eran ellos, pero que, puesto a elegir entre su cordura y mi locura, se quedaba conmigo. ¿Que cuál era mi locura? La que nunca ha soportado la sociedad: ser independiente y hacer lo que uno quiera, al margen de los otros, pero no contra los otros. Mi vida en aquel pueblo era puro aburrimiento. Mi caso es, en

.....

realidad, una rebelión contra la vida aburrida, chismosa y uniforme. Lo de los libros de caballería fue simple pretexto que todos acabaron creyendo, pero ¿cómo me iba a leer yo todos aquellos libros si bastaba con leer la primera línea para saber que eran puro aburrimiento? ¡Estaría loco, pero tonto no!

**Patito Feo.** ¿Les confieso un secreto? No me gusto nada ni como patito, ni como cisne. Andersen, que era un tipo muy raro y antipático, quiso haceros ver que las apariencias engañan, pero no es verdad. Si ustedes miran bien, verán que las cosas son muy claras. ¿Quién puede confundir un pato con un cisne? Yo nunca he conocido a nadie que los haya confundido. Ni siquiera cuando tienen pocos días de vida. Sólo un ciego o un tramposo lo haría. Lo del ciego es normal, pero no lo del tramposo. El tramposo quiere hacer ver a los demás lo que no es, de ahí que se camufle o se vista con apariencias. Y, en este sentido, todos tenemos algo de tramposos. Creemos que dentro de nosotros hay unas cualidades maravillosas que los demás no ven, pero ¿las tenemos? Si vuelven a leer a Andersen, piensen de nuevo en ello. Lo digo, porque una vez que me convertí en cisne, las cosas no me fueron mejor que cuando era el patito feo.

**Cenicienta.** ¡Qué fácil lo ponen los cuentos! ¡Con qué facilidad convierten a una fregona en princesa, a una lavandera en reina, a una limpia fogones en emperatriz! Seguro que ninguno de vosotros se cree que tal cosa pueda suceder. Y menos en el mundo que vivís. Pero os equivocáis, si mantenéis en pie tal juicio. Porque lo cierto es que parecidas transformaciones se dan cada minuto que pasa en este mundo. ¿Cómo? De la única manera posible que puede suceder: siendo buenas personas. Algunos cínicos confunden la bondad con ser tonto, pero, aunque os digan que sólo los malvados triunfan en este mundo, no os lo creáis. Sólo la bondad es inteligente. Palabra de Cenicienta.

## 4. Producción de textos variados

Existen otras posibilidades. De varia natura (naturaleza), que dijera el clásico. Así como Jonathan Swift escribió *La batalla de los libros*, en idénticos términos podría plantearse si no una guerra, sí, al menos, una historia con los ingredientes que acompañan a cualquier libro y que hemos señalado. El proceso consistiría en tomar algunas de estas palabras y combinarlas entre sí, intentando extraer de esa relación un sencillo embrión narrativo. Narrativo o de cualquier otra naturaleza textual: expositivo, descriptivo, argumentativo, poético. A gusto del consumidor. Ahí va un manojillo de propuestas:

- **De naturaleza expositiva:** Historia de los márgenes en los libros. Origen, desarrollo y evolución de la tipografía. Catálogo y variedad de portadas de libros. Lección sobre las notas a pie de página. Un paseo por las erratas de los libros. El arte de la dedicatoria.
- **De naturaleza argumentativa:** ¿Por qué las notas a pie de página son un insulto —o pueden ser consideradas como tales— al lector? De la inutilidad de los prólogos.

¿Deben los autores firmar sus libros? ¿Hay que leer los libros imprescindibles? De la importancia de que los libros huelan bien. ¿Por qué, en ocasiones, las notas a pie de página resultan más interesantes que lo contenido en el cuerpo de la narración?

- **De naturaleza descriptiva:** Descripción de la primera página del libro que leí ayer. Breve acotación descriptiva del cuerpo de letra de mi libro de matemáticas. Descripción del aspecto externo de un libro cualquiera. Descripción visual (olfativa, táctil) de la portada de tu libro preferido.
- **De naturaleza narrativa:** Combate de boxeo entre un autor presumido y un traductor ignorante. Viaje del año de Edición por las páginas de un libro. Aventuras y desventuras de una errata.
- **De naturaleza instructiva:** Instrucciones para leer un libro con erratas. Consejos y menesteres prácticos para leer entre líneas. Breve Manual de Instrucciones para no pringarse los dedos al pasar las hojas. Instrucciones para no dejar que un libro te produzca el complejo de idiota.
- **De naturaleza poética:** Oda a la portada. Soneto al ISBN. Acróstico al depósito legal. Aleluyas/aucas a los márgenes. Limericks a los talleres gráficos. Versos libres a la editorial. Enumeración poética de un libro. Preguntas y respuestas de un epílogo entusiasmado. Epigramas al título de un libro. Pareados sueltos y desvergonzados al autor del libro. Versos libres al editor.

## 5. Clasificar y jugar

Se tiende a ver un síntoma de enfermedad mental en la inveterada inclinación del ser humano a la clasificación. Para algunos, no hacerlo significa desorientación. Y si no pertenecemos al grupo de personas que defendemos dormir sobre la almohada de la duda, como aconsejara Montaigne, lo corriente es tener cuatro casillas en el cerebro llenas de prejuicios mediante los cuales conjuramos la realidad que nos envuelve y, especialmente, que nos perturba. Los niños y las niñas no saben clasificar, pero sí encasillar; que es proceso mental el primero y perezoso vicio social el segundo.

Clasificar significa tener criterios; saberlos utilizar. Clasificar significa observar y discriminar. Clasificar significa determinar analogías y contrastes en las cosas. Clasificar significa introducir valores en la mezcolanza de lo real. Clasificar significa orientarse en la selva desordenada de los datos. Clasificar significa saber. Y este saber, que viene de *sapere*, gustar, nos gustaría que condujera al ser a ser más.

En consecuencia, clasifiquemos. Disponemos de un conjunto de conceptos referidos al mundo del libro. Formemos grupos de palabras unidas entre sí por algún aspecto que las ligue.

.....

- *Primer bloque*: prólogo, epílogo, índice, capítulo, resumen.
- *Segundo bloque*: autor, título, colección, PVP, editorial.
- *Tercer bloque*: errata, nota a pie de página, numeración, tinta, tipo de letras, renglones.
- *Cuarto bloque*: ISBN, depósito legal, fecha de edición, primera edición, copyright.
- *Quinto bloque*: traductor, ilustrador, dibujante, fotógrafo, impresor, encuadernador.
- *Sexto bloque*: portada, solapas, lomo, guardas, margen.

No están todas las palabras que dijeron los alumnos en una primera sesión. Pero son suficientes para indicar la posibilidad de juego que dicho cuadro encierra.

Podemos elaborar un mazo de cartas. En total, treinta. Cinco por cada bloque. Cada carta estará formada por el nombre correspondiente y por un dibujo que ilustre dicho concepto. Cada bloque formará una familia que tendrá también un nombre concreto.

Después, es cuestión de ponerse a jugar. Se barajan las cartas, fabricadas con el material que dispongan en pretecnología. Y uno, por sorteo, comienza el juego, consistente en formar cuantas más familias de cartas mejor.

Los nombres de las familias, a ser posible, procurarán responder a la expectativa que las palabras despiertan.

He aquí un posible resultado:

- *Bloque primero*: Familia Orientación.
- *Bloque segundo*: Familia Doña importancia.
- *Bloque tercero*: Familia Elegante.
- *Bloque cuarto*: Familia Legal.
- *Bloque quinto*: Familia Rara.
- *Bloque sexto*: Familia Detalles.

El contenido de las cartas puede hacerse con nombres de autores, de personajes y de títulos de libros.

## 6. Definir y resumir en una palabra

En este caso se pide a los alumnos encontrar la palabra adecuada —normalmente inventada por ellos— para definir una acción que guarde cierta relación con los libros. La formación de estas frases puede hacerse por doble vía:

- **a.** El profesor las confecciona siguiendo sus propios criterios imaginativos y convergentes.
- **b.** La propia clase, una vez conocido el sistema sencillísimo de la formación de estas frases, será quien las propicie.

Éstos son algunos de los sintagmas que salieron y entraron en un aula: ¿Cómo describir con una sola palabra –real o inventada– cualquiera de las acciones que alguna vez hemos observado en los demás y en nosotros mismos en relación con los libros?

- 1. Leer sólo las solapas de los libros.
- 2. Leer un libro y no enterarte de nada de lo que en él se dice.
- 3. Empezar a leer un libro y abandonarlo en la página primera.
- 4. Empezar un libro y terminarlo.
- 5. Leer un libro de una sentada.
- 6. Coger un libro y limitarse a mirar sus dibujos.
- 7. Deducir el contenido del libro por la ilustración de la portada.
- 8. Rechazar un libro por el tipo de letra que tiene.
- 9. Leer sólo los libros que tienen poca letra y grande.
- 10. Entrar en la biblioteca (librería) y salir como se ha entrado.
- 11. Cuando se lee una frase interesante, pararse y pensar en ella.
- 12. Empezar a leer un libro y pensar en una persona que no está en clase.
- 13. No mirar en el diccionario las palabras cuyo significado se desconoce.
- 14. Pensar que me pasa lo mismo que al protagonista.
- 15. Cuando termino el libro, me digo: «¡Me hubiera gustado haberlo escrito yo!».
- 16. Acordarme de otro libro que leí hace tiempo.
- 17. Preguntarme: «¿Por qué tengo que leer ahora, si no me apetece?».
- 18. Hacer como que leo para que el profesor no me llame la atención.
- 19. Oler las hojas de los libros.
- 20. Ver si el libro que voy a leer tiene santos.

## 7. Anotación final

Llegados hasta aquí, conviene precisar que todas las actividades expuestas requieren tiempo y dedicación. Es necesario invertir un generoso tiempo en buscar datos, notas, apuntes sobre los epígrafes señalados. No conviene caer en las garras de la presuntuosa prisa, pero, tampoco, en la intermitente pausa que, en cantidad de ocasiones, desbarata todo proyecto. Aunque tampoco hay que temer la impetuosidad, pues como dice Cesare Pavese: «De todas las costumbres espirituales –pasiones, deformaciones, complacencia, serenidad, etc.–, la única que sobrevive a los días es la calma»<sup>20</sup>.

Por lo demás, se advierte de que no es necesario realizar todas las actividades aquí mencionadas para descubrir el mediterráneo de lo divergente. Éste hace tiempo que fue colonizado. En ocasiones, con practicar tan sólo una de ellas será bastante grieta por donde mirar un celemín de luz que ilumine otra forma de acercarnos a los libros.

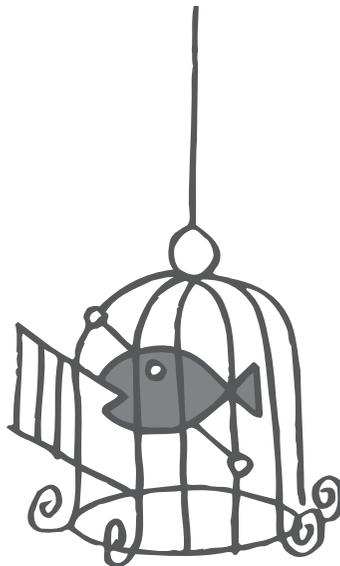
Y esto, con vislumbrarlo, ya es bastante.

■20. Cesare Pavese, *El oficio de vivir*, Biblioteca Breve, Seix Barral, Barcelona, 1992.

.....

## BIBLIOGRAFÍA

- AZÚA, F., *Lecturas compulsivas. Una invitación*, Anagrama, Barcelona, 1999.
- BÉNABOU, M., *Por qué no he escrito ninguno de mis libros*, Anagrama, Barcelona, 1986.
- BLOOM, H., *Cómo leer y por qué leer*, Anagrama, Barcelona, 2000.
- COLOMER, T., *La formación del lector literario*, Fundación Sánchez Ruipérez, Madrid, 1998.
- DEANE, S., *Leer a oscuras*, Mondadori, Barcelona, 1998.
- ENZSERBERGER H. MAGNUS, *Mediocridad y delirio*, Anagrama, Barcelona, 1991.
- LAÍN ENTRALGO, P., *La aventura de leer*, Espasa-Calpe, Madrid, 1956.
- LARROSA, J., *La experiencia de la lectura*, Laertes, Barcelona, 1998.
- LEWIS, C.S., *La experiencia de leer*, Alba, Barcelona, 2000.
- LYNCH, E., *El merodeador*, Anagrama, Barcelona, 1990.
- MORENO, V., *El deseo de leer*, Pamiela, Pamplona, 1985.
- PETIT, M., *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, FCE, México, 1999.
- ROSSI, A., *Manual del distraído*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- SALINAS, P., *El defensor*, Alianza Tres, Madrid, 1986.
- STEINER, G., *Pasión intacta*, Ediciones Siruela, Madrid, 1997.
- STEINER, G., *La barbarie de la ignorancia*, Taller de Mario Muchnik, Madrid, 1999.
- STEINER, G., *Lecturas, obsesiones y otros ensayos*, Alianza Tres, Madrid, 1990.
- VV.AA., *La cultura del libro*, Fundación Sánchez Ruipérez, Madrid, 1983.
- ZAID, G., *Los demasiados libros*, Anagrama, Barcelona, 1996.



COLECCIÓN  
**BIBLIOTECAS ESCOLARES**

# **BLITZ**

Ratón de biblioteca



## serie **Azul**

### **Blitz en el Departamento de Educación y Cultura**

1. **Una aproximación al estudio de las bibliotecas escolares en Navarra**  
Claves para su mejora
2. **Cómo organizar una biblioteca escolar**  
Aspectos técnicos y pedagógicos



## serie **Verde**

### **Blitz en la Escuela**

1. MARIANO CORONAS  
**La biblioteca escolar**  
Un espacio para leer, escribir y aprender
2. VÍCTOR MORENO  
**Lectura, libros y animación**  
Reflexiones y propuestas